

EL COJO ILUSTRADO

Año XIII

1º DE FEBRERO DE 1904

Nº 291

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



INSPIRACION. — Cuadro de L. Perreault

LA GUERRA

A ELOY G. GONZÁLEZ

La guerra, la desastrosa guerra....

Postergado el derecho y la fuerza bruta elevada á deidad. La razón del código que ampara sustituida por el exabrupto del fusil que destruye. Pavor en su caballo lúgubre, recorriendo los poblados, los viñedos y los campos, y llevando á doquiera la desolación y la tristeza infinita de las grandes catástrofes. Las antes cultivadas tierras y fértiles pampas convertidas en miserables despojos; reducida á escombros la antes suntuosa heredad y agotado hasta el último recurso de vida en la choza del pobre. Iniquidad en los de arriba é infortunio, desolador infortunio en los de abajo. Acá y allá por los caminos de la patria, cruzando en peregrinación que turba el alma, ejércitos macilentos de soldados haraposos y hambrientos, víctimas de criminal injusticia y listos siempre á devorarse en el primer encuentro, en epopeya de sangre generosa!

Y no habrá compasión para el infeliz recluta que pelea como un héroe, «por una patria, ay, que él no sabe donde está,» ni sobre su frente, verdadero de heroísmos, se colocará corona de laurel ni medallas sobre su pecho intrépido, que esas, oh, iniquidad de las cosas, no son para el oscuro soldado anónimo que cayó en medio al vértigo del combate, plétórico de coraje, en homérico consorcio con la gloria, la pupila encendida por el deliquio del triunfo, cuando en avance formidable su bandera batía casi sobre la frente misma de las huestes enemigas!....

Son para el infeliz recluta los tormentos; para él los mayores peligros; para él los oprobios del látigo cuando por las precipitadas marchas sus pies se niegan á moverse; para su extenuado cuerpo los ardores del sol, los rigores de las glaciales noches y de los gélidos páramos, los días de hambre y las forzadas marchas; las noches en vela, al aire libre, bajo un cielo inementemente que se resuelve en cataratas de lluvia.... y él no ha de quejarse, y él no ha de sentir, y él no ha de pensar en su viejecita madre á quien dejó sin pan y que tal vez se halle enferma ó esté muerta; en la esposa abandonada ni en los hijos queridos, el *conuco* sin cuidado, la éra destruida.... que tales recuerdos, comprimiéndole el corazón, le llenarían los ojos de lágrimas, y esas lágrimas podrían llevarse á cobardía y.... ¡eso nunca! que un soldado por cuyas venas corre sangre venezolana, no puede ni debe ser nunca cobarde! Y así ha de proseguir, sufrido y fuerte, hasta que una bala le atraviese y venga á poner fin á aquella su existencia miserablemente gloriosa y fatigadamente triste!....

Y feliz si esa bala más compasiva que los hombres pone fin á sus dolores; peor si ha de dejarle herido, que allí, tendido en el suelo, en medio á los cáscos de las bestias y pasando por sobre su cuerpo la falange impetuosa que avanza amenazadora, entre rugidos de odio é imprecaciones.... allí será el sufrir, el dolor inconcebible del nervio roto ó del hueso fracturado; la agonía lenta, la muerte que se siente venir, posarse sobre el corazón y sobre el párpado, que

se conoce, que no se quiere.... pero que no es posible rechazar!....

Los cuidados no son para el soldado; para sus sedientos labios no habrá una gota de agua; tarde llegan siempre para él los cuidados de la ciencia y los favores de la medicina, que él, el héroe, el que pelea, el que da el triunfo, el que afronta las mayores audacias, el que reta el peligro como retaban los titanes antiguos la cólera de Júpiter, ah, él está en definitiva condenado á rodar como el vástago tronchado; á caer como una masa inerte, como un saco de arena!....

Y, á la vera del camino, sobre los áridos picachos ó al imponente campo raso de la sabana quedan, después, los cuerpos insepultos para regocijo de curiosos y hartazgo de los buitres!....

Oh, pobre pueblo de mi patria, cuán desgraciado sois, y cómo se gasta la cepa de tus heroísmos en las guerras civiles, cuando debiera guardarse como inestimable tesoro, y para otros casos reservarse!....

Y cómo se paraliza el comercio, y cómo cesan las industrias; cerrados los templos del saber; clausuradas las academias; saqueadas las plantaciones; destruida la cría; violado el derecho de propiedad; profanado el hogar; impune el delito; escarnecidos los más honorables ciudadanos; irrespetados los templos del arte, como los templos de Dios; repletas las bolsas del cacique lugareño con el dinero del comerciante honrado, del laborioso industrial, del labrador sencillo: por único derecho la fuerza; oprobio arriba y abyección abajo; de luto la sociedad, la familia y la Patria.

¡Oh, República: cúbrete el rostro avergonzada! Niobe desventurada, llora el gran dolor que lacera tus entrañas!....

JUAN LISCANO.

LA PAZ

A DON EDUARDO BLANCO.

Paz en mi Patria; un solo día de paz siquiera!

El ciudadano bajo el amparo de la ley, y la ley apoyada en el querer unánime de los ciudadanos. El derecho resguardado por la fuerza y la fuerza, sumisa, siguiendo el derrotero que le indica el derecho. Las industrias, cual fecundantes arterias, desarrollándose ampliamente: dando vida al organismo de la nación. Ni opresores ni oprimidos. Arriba, gobernantes severos, pero no despóticos; abajo, servidores fieles, pero no serviles. Abiertas las válvulas del progreso; la prensa libre: crujendo las maquinarias tipográficas y volando las ideas en alas del periódico ó del libro. Los ferrocarriles cruzando las colinas y las pampas, arrojando al espacio sus soberbios penachos de humo. Los alambres telegráficos ramificados por doquiera, trepando á las enhiestas cumbres; bajando á las dilatadas llanuras y extendiéndose por todas partes cual una red de nervios.

Acá, en las poblaciones, un pueblo laborioso que levanta el edificio, abre el túnel, tiende el riel; allá en los campos labradores honrados que aran las tierras y siembran la semilla.

Respetado el hogar; castigado el delito. El niño en la escuela; el artesano en el taller; en la universidad el joven.

Caridad para todas las dolencias; resignación para todos los infortunios; luz para todos los cerebros. Los novios al pie de los altares, jurándose fidelidad y amor ante Dios y ante la ley. El hijo bajo el techo paterno. El obrero, sacerdote que oficia en la religión del trabajo que redime y santifica depositando en las manos de su madre querida ó de su esposa amada el salario habido en el día. Ni arriba soberbia, ni postulación abajo. Una misma patria para quererla y honrarla antes que para escarnecerla y hundirla; hermanos antes que sectarios; compatriotas antes que contrarios; hombres antes que fieras. Abierto acá un puerto; inaugurado allá un ferrocarril; concluida más allá una carretera. Tráfico libre por todos los caminos. No al asalto de la guerrilla bandolera la locomotora detenida en su camino; no la mansa recua que al mercado transporta los productos convertida en botín de rapaz sargentería.

El tesoro de la nación, un santuario; el patriotismo, un culto; la dignidad, rito sagrado. El Municipio, que es para el pueblo lo que el hogar para la familia, desarrollándose en una esfera amplia, libre y progresista. Las aptitudes al servicio del bien, el valor en defensa del débil. No más el soldado heroico muerto de cara al sol al golpe alevé de bala fratricida; no más las pobres madres asomándose á los caminos y escudriñando con ojo desesperado el horizonte por donde un día se llevarán para la guerra al hijo querido, ay, que jamás volverá!

Garantizada la propiedad; proscrita el hambre. El puchero ardiendo en el tugurio del pobre, donde élla, la fiel compañera, le espera á él, al jornalero humilde, para comerse juntos en medio á la bienaventuranza del hambre y del amor frugal sustento, escaso, tal vez, pero sabroso siempre, porque es Amor quien lo sazona, y adquirido en labor impropia con el sudor que de la frente brota en la faena.

Los ganados pastando libremente en la pradera; en la incommensurable pampa que verdegea como un océano de esmeralda, el toro paseando su majestad olímpica, reflejando sobre sus lomos sedosos y gordos los rayos del sol que reverberan como en la superficie de un cristal; la oveja en su redil!

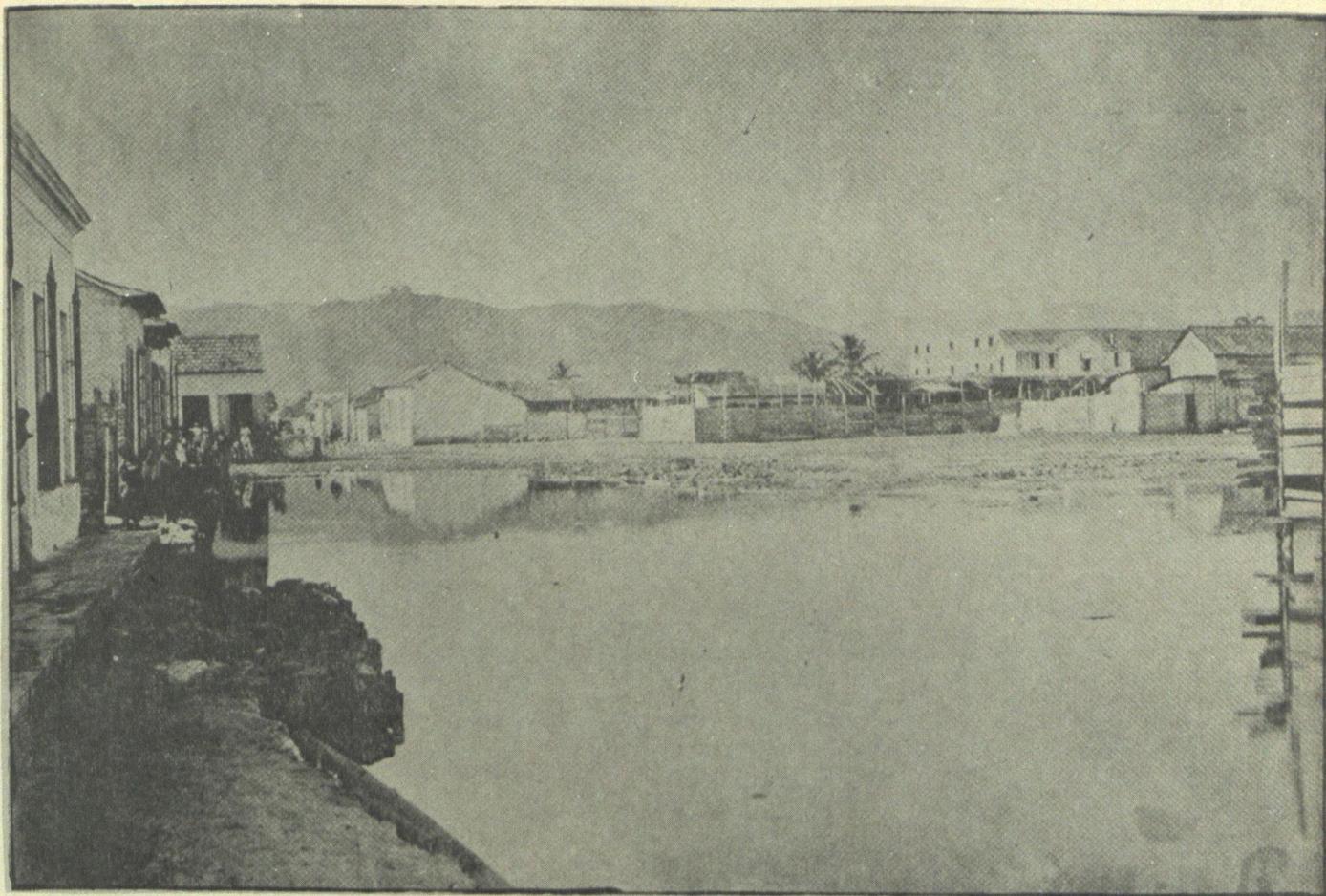
Ni aldeas abandonadas, ni plantaciones destruidas! No más el cañón contra los muros de la ciudad amada; no más el recinto del hogar invadido por bandalaje, desatentado y audaz; no más los horrores de un combate en plena ciudad; entre las calles, dentro las casas, convertida la antes floreciente población en hervidero volcánico, donde rugen las pasiones vomitando fuego y muerte por doquiera, en el escarnio, en el saqueo, en el anonadamiento, en la espantosa desolación de todo!

Paz que es trabajo; trabajo que es progreso. Y la buena y santa alegría, la alegría de ¡«VIVIR!»! tonificando el organismo de la Patria, libertando las conciencias, fertilizando el terreno donde la civilización germina, pródiga, y dignificándonos ante Dios, nuestra raza y nuestro suelo!

¡Oh, qué bella es la paz!

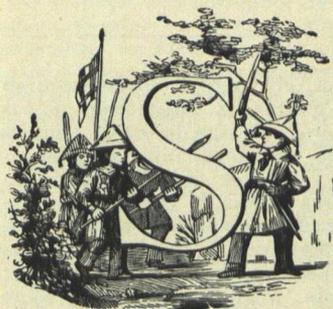
¡Oh, República: los buenos te aman y te esperan...

JUAN LISCANO.



PUERTO CABELLO: Parte Sur. — Fotografía de Avril

LA CAJA DE HIERRO



Se habrá insistido suficientemente sobre el papel que hacía la caja de hierro del palacete de la Avenida de la Grande-Armée,

en la novela picaresca cuyo último capítulo se desarrolla en estos momentos ante la corte de Assises de París? Era un mueble magnífico, alto, ancho, pesado, admirablemente bronceado, con cerraduras complicadas y enigmáticas. Estaba colocado en uno de los aposentos más íntimos del palacete, en el dormitorio de Teresa, la gran Teresa. Podía decirse que no se llegaba á esa caja sino pasando por sobre el cuerpo de todos los habitantes de la casa. Todo el mundo conocía su existencia. Sin embargo, pocos eran los que la habían visto antes de la visita judicial. No se había abierto más que para algunos iniciados, que habían lanzado á sus profundidades tenebrosas miradas furtivas, más inseguras aún á causa de la emoción que embargaba á estos testigos del acto ritual que se celebraba entonces ante ellos. La ceremonia adoptada era solemne, severamente ajustada, hierática. Se asemejaba á una función religiosa y á una

celebración de misterios eleusinos. Teresa y Federico Humbert tenían á su cargo el servicio esencial: introducían la llave en la cerradura; los hermanos Daurignac hacían de acólitos y mantenían á los espectadores á respetable distancia. Un notario, una pareja á veces de estos imponentes personajes, flanqueaba á los oficiantes, como un suizo de catedral; y los prestamistas, en honor de quienes se desarrollaba toda esta liturgia, asistían, desde un poco lejos, como los fieles con respecto al altar donde el sacerdote consuma el sacrificio, á los hechos y ademanes conmovedores de los augures. Estos lo indicaban, lo sugerían todo, pero no revelaban nada. Mostraban, sin hacerlos ver, paquetes atados y sellados. Dejaban adivinar en el fondo del tabernáculo de acero otros paquetes confusamente entrevistos. Después, la puerta abierta se cerraba otra vez, la cerradura chirriaba con un ruido de mecanismo secreto; y deslumbrados, hipnotizados, con el éxtasis en los ojos, la fe en el corazón, los adeptos salían del palacete y se esparcían por toda la ciudad, predicando la gloria de la caja de hierro de los Humbert.

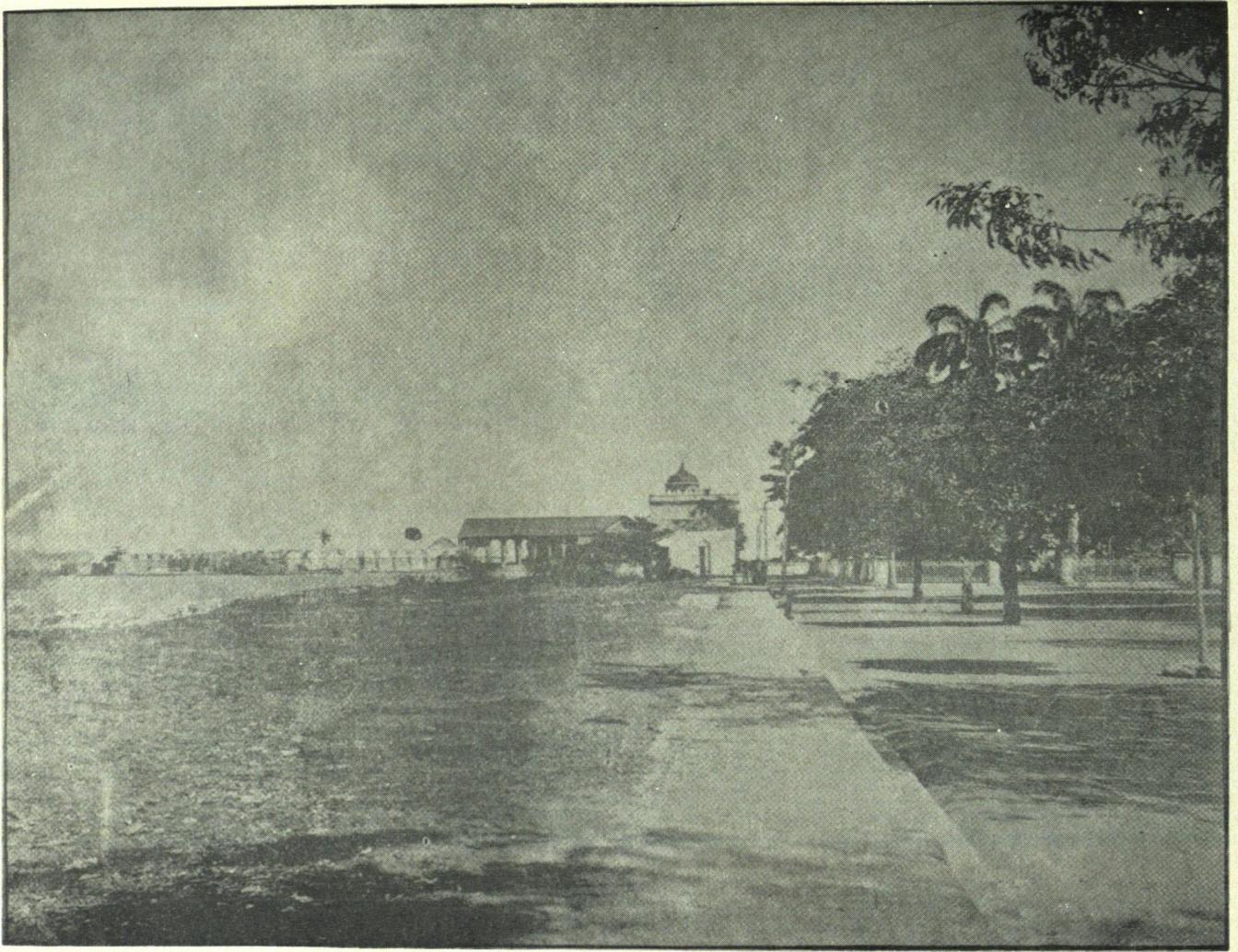
La caja de hierro y la farsa que por tanto tiempo ha estado haciéndose alrededor de aquélla, es un símbolo, de elocuencia y significación incomparables. Sin saberlo, y sobre todo, sin quererlo, los Humbert han resumido toda la historia de la evolución mental de nuestra pobre humanidad.

Desde que nuestra especie se ha desprendido trabajosamente de la animalidad y ha empezado poco á poco á remontar el pen-

samiento más allá de sus necesidades inmediatas y á elevarse de las apetencias vehementes á abstracciones rudimentarias, mucho menos han excitado y estimulado su actividad intelectual los hechos de observación positiva, que los dos grandes sentimientos del temor y la esperanza. Dejemos á un lado el temor, sobre cuyo papel se ha dicho ya todo, desde que Lucrecio hizo constar en versos poderosos, que este sentimiento es lo que ha creado los dioses y la religión. No voy á ocuparme más que de la esperanza.

El deseo es el padre de la esperanza. Todos nuestros actos son consecuencia de nuestros deseos, que pueden haberse hecho inconscientes. Por lo tanto, propiamente hablando, vivir es desear, y sin deseo no puede haber vida. Y, como el objeto de nuestros deseos se nos presenta en la conciencia bajo la forma de una esperanza, ó en otras palabras; como esperamos ver realizado lo que deseamos, podemos decir que vivir y esperar son tan sinónimos como vivir y desear.

Siendo entonces la esperanza tan necesaria como el oxígeno para el mantenimiento de la vida humana, es muy natural que la humanidad se aferre á todo lo que le da esperanzas con el mismo frenesí que el hombre que está ahogándose se aferra á todo lo que le parece que va á sacarlo del agua. Tan fácil es la comprobación de esto, que en todo tiempo han comprendido los impostores el valor de la ilusión. Hasta entre los salvajes se encuentran siempre psicólogos elementales que se dan cuenta de



PUERTO CABELLO: Vista de un extremo de la Plaza Revolución y del Hotel de los Baños. — Fotografía de Avril

la importancia que tiene la ilusión para los más pobres de espíritu que ellos. Inventan una esperanza cualquiera y con esta esperanza deslumbran á la multitud que acude ávidamente á contemplarla y á embriagarse con ella.

En cada etapa de la humanidad aparece la caja de hierro de los Humbert. Tiene los nombres más diversos, asume las formas más variadas; pero, bajo todas estas variaciones y transformaciones, siempre es el mismo mueble misterioso, inaccesible á las verificaciones, defendido por placas refractarias al fuego y á la fractura, y por cerraduras de combinaciones impenetrables, y con una promesa magnífica escondida en sus flancos profundos y tenebrosos. Y, siempre también, hay explotadores astutos que hacen la guardia á este mueble simbólico, que lo anuncian y celebran á son de bombo y platillo, que invitan á contemplarlo á los cándidos de quienes esperan hacer sus víctimas, entreabriéndoles misteriosamente las puertas del mismo, mostrándoles rápidamente una simple partícula de su contenido y permitiéndoles que adivinen el resto, para lo cual ayudan á su fantasía con afirmaciones, descripciones, é imágenes arrobadoras.

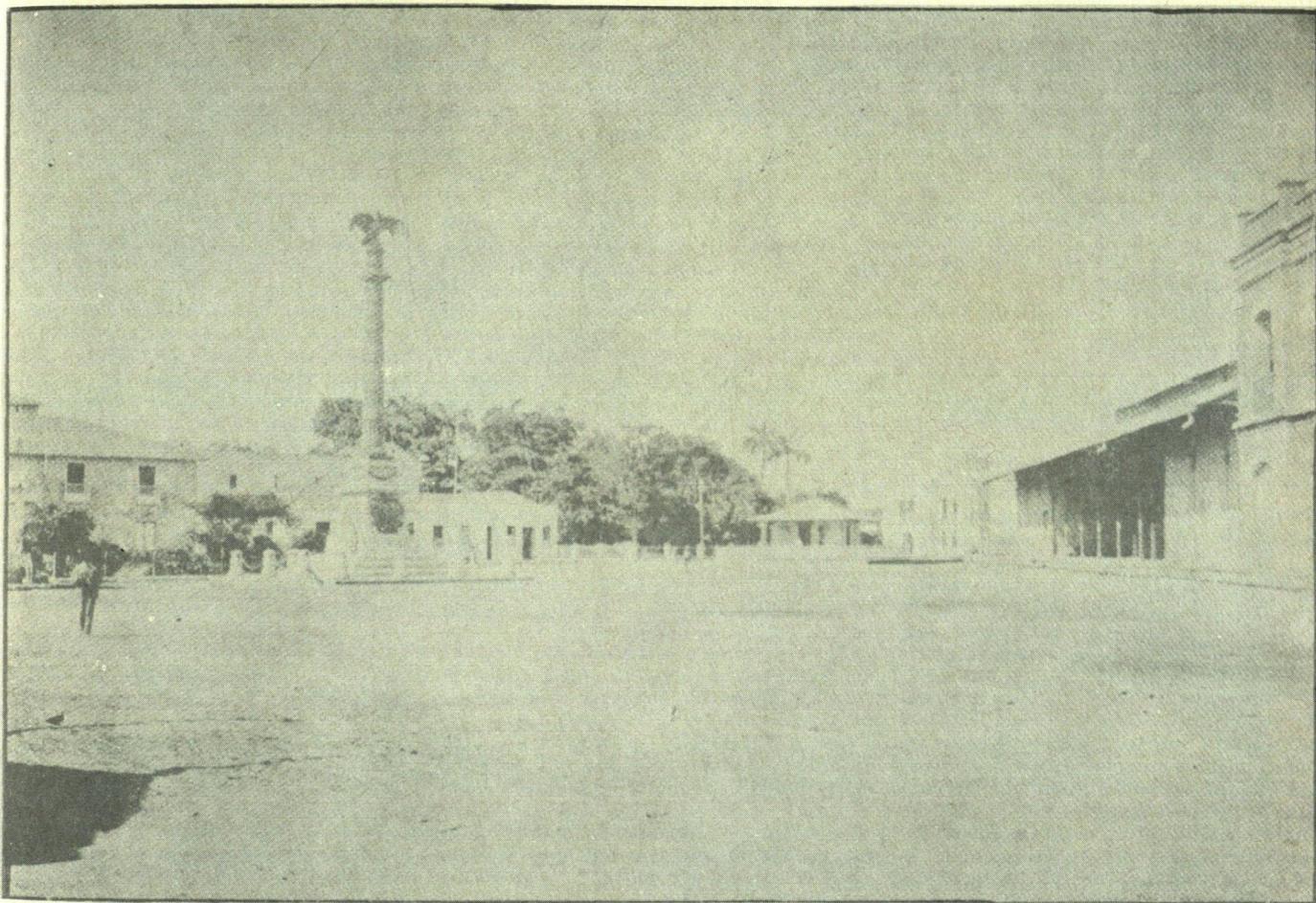
El negro hechicero toma una calabaza, la declara fetiche, la coloca en una choza del lugar, y ya está provisto éste de su caja de hierro de los Humbert. Los lugareños

aportan sus dones, mediante los cuales el sacerdote del fetiche les asegura la protección de su calabaza. Pueden pedir á ésta todo lo que deseen: fuerza y salud, la victoria y la vida en los combates con sus enemigos, la riqueza y los goces... tendrán todo esto, hoy ó mañana: y, si no mañana, algún día, más tarde. Y los negros donan, se despojan, son felices y consagran un reconocimiento y un respeto profundos al astuto intrigante que vive á expensas de ellos y que á costa de la credulidad de ellos se hace de rentas.

No faltará quien se sienta tentado á encogerse de hombros y decir: «Esos negros estúpidos merecen bien que los saqueen.» ¡Ay! es que todos somos como esos negros... Porque la choza y la calabaza y el hechicero evolucionan. La primera se hace templo ó iglesia; la segunda, ídolo ó altar consagrado; el tercero, sacerdote de las religiones reconocidas. Todavía, siempre, cada vez más, tenemos ante nosotros la caja de hierro de los Humbert; tanto más grandiosa, tanto más llena de tesoros codiciados y nunca entregados, cuanto más avanza la civilización. A los idealistas, los guardianes de la caja de hierro afirman que ésta contiene los valores más sublimes: la explicación de todos los enigmas del universo y de la vida, la causa primera, el principio de la sabiduría, el poder, el amor y la jus-

ticia absolutos; al vulgo, á éste le aseguran que la caja guarda la satisfacción de sus apetitos groseros, de sus deseos de triunfos mezquinos, de venganzas injustas y de variados goces; y á todos muestran ellos, en una perspectiva lejana, la visión maravillosa, aunque esfumada por la obscuridad reinante en el interior de la caja y por brumas opacas: el libertamiento de todo padecer físico, de toda angustia moral; y, sobre todo, ¡oh, sobre todo! la vida eterna por la inmortalidad del alma individual. ¿Quién podría contar los centenares de millones de seres humanos que se agolpan en torno de esa caja de hierro, jadeantes y arrebatados por una febril expectativa, estremeciéndose á cada movimiento de los farsantes que manejan la llave de la cerradura mágica?

Ninguno de nosotros tiene derecho á reirse de los pazguatos que abren tremendos ojos ante las puertas de acero cerradas ó entreabiertas. Si no somos ya los negros de la caja de hierro de los fetiches, siempre somos los negros de alguna otra caja de hierro. El nacionalismo fanático no difiere en sus métodos de los procedimientos de la religión. También él tiene su caja de hierro llena de las cosas más preciosas. ¡Convenceos de que vuestro país es el primero del mundo, de que vuestro pueblo es el más grande, el más noble, el mejor dotado, el más generoso, el más glorioso de la tierra!



PUERTO CABELLO: Plaza del Muelle. — Fotografía de Avril

¡Disentir con vosotros sobre un tema cualquiera, es estar en un error absurdo; contradeciros, es blasfemar! ¡Despreciad, detestad á todos los demás pueblos; no admitáis nunca que los derechos de otro puedan oponerse á vuestra voluntad ó á vuestro capricho; estad siempre prontos para amenazar á todo el mundo con vuestra espada; amad, admirad, exaltad la guerra, la batalla, la victoria, la gloria; considerad como la felicidad más grande el haceros mutilar ó matar en un combate homicida; amad de corazón un traje cortado y coloreado de cierta manera y llamado uniforme, llorad de emoción á la vista de un señor de cierta edad y de cierta corpulencia, cubierto por un sombrero empenachado y á quien se da el título de general, y, sobre todo, adorad un pedazo de seda multicolor que cuelga de un asta con una punta de lanza dorada, vuestra bandera sacrosanta! ¿Acaso esta caja de hierro no nos impone á todos nosotros, salvo quizá á unos cuantos anarquistas afrontados con el epíteto deshonoroso de sin patria? Y, sin embargo, mirándolo bien, también se trata en este caso de una caja de hierro de los Humbert, y también se ven aquí figuras risibles que saben sacar un provecho admirable del mueble prestigioso, de nuestra fe y de nuestras emociones.

No voy á enumerar todas las cajas de hierro que la humanidad contempla así, con ojos de codicia y de esperanza, en una expectativa concupiscente de la distribución de sus riquezas. Sería, por cierto, demasiado largo y demasiado fastidioso. Piensen

ustedes en la Bolsa, en las finanzas, en los programas de los políticos que se hacen llevar á la comodidad y á los honores por los buenos electores, en la terapéutica de los mortícolas que aparentan curar, pero que no aparentan exigir honorarios, en las mil y una quimeras con que los adornistas interesados embaucan nuestras ambiciones, nuestras vanidades y nuestras legítimas pretensiones. ¡Otras tantas cajas de hierro de los Humbert, grandes y pequeñas, que nos rodean por todas partes, y que de todas partes solicitan el sacrificio de nuestros esfuerzos, de lo mejor de nuestra vida, de nuestra vida misma.

En muchos casos, los sacerdotes que offician delante de la caja de hierro y que colectan el diezmo de los fieles, están convencidos, también ellos, de que el mueble que les hace vivir contiene en realidad tesoros. Han oído afirmar esto á los que les han precedido en la guardia de la grande y pesada alhaja, se les ha prevenido también que no había que ir á ver lo que estaba encerrado en las gavetas secretas, y ellos se han guardado muy bien de satisfacer una vana curiosidad. Miran, pues, la cerradura con los mismos ojos que sus clientes, y su propia confianza no puede menos de fortalecer la de los Gogo (*) que les llevan su dinero en cambio de un vale sin fecha de vencimiento, á cobrar sobre el contenido hipotético de la caja de hierro. Pero, muchas

veces también, los oficiantes saben admirablemente á qué atenerse sobre la caja de hierro y sus pretendidos tesoros. La han abierto, han examinado su interior y han comprobado que dentro de ella no hay nada. Y siguen pontificando con fervor ante los fieles siempre prosternados, pero se divierten como locos al contemplar las santas cabezas de los individuos á quienes saquean, y tienen que hacer los mayores esfuerzos para conservar su seriedad sacerdotal cuando hacen la relación engañosa de las cosas preciosas escondidas en el fondo de su caja de hierro.

La comedia no dura eternamente. Siempre llega un momento en que se abre la caja de hierro por orden de la justicia, y entonces se comprueba que no ha contenido nunca más que un botón de pantalón, y que los sacerdotes, que se han largado prudentemente, han estado haciendo la gran vida á costillas de sus devotos.

Pero esta revelación, aunque se repita periódicamente, no desalienta ni á los Humbert, ni á los Gogo. En cuanto se comprueba el vacío con respecto á una caja de hierro, la multitud corre á otro que siempre se encuentra cerca, y allí otros Humbert reanudan la práctica fecunda. Y esto será así hasta que la humanidad se haya hecho enteramente razonable, vale decir, hasta la consumación de los siglos.

Estas son las reflexiones que me ha inspirado la caja de hierro de los Humbert y que me hacen considerar á este mueble como el símbolo secuestrador de las esperan-

(*) Tipo del capitalista imbécil, crédulo y confiado.—
N. del T.

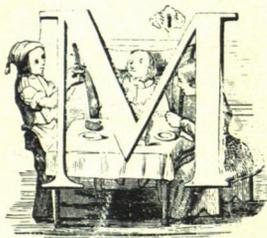
zas locas, de las desilusiones humillantes y de la credulidad pueril, indesarraigable, alucinada, de la pobre humanidad.

¡Y decir que nunca falta un Jaurès que, siempre que se produce la apertura de una nueva caja de hierro y la comprobación del vacío dentro de ella, se pone á lamentar con frases de noble y poética melancolía «la canción que ha mecido nuestra cuna,» es decir, el cuento de viejas que unos Humbert cualesquiera nos han hecho sobre la caja de hierro y los cien millones que ella debía contener y que en realidad no eran más que un botón de pantalón!... ¡Buenos tiempos esperan todavía á los Humbert y á las cajas de hierro misteriosas!

MAX. NORDAU.

París, agosto de 1903.

DE LA PRENSA UNIVERSAL



Piôt, Senador de la Côte-d'Or, se esfuerza desde hace algunos meses, por hallar é indicar un remedio contra el grande y profundo mal de la Francia:

la despoblación. Después de todos sus esfuerzos, no ha logrado sino que se constituya una comisión extraparlamentaria que lo secunde. Esta comisión se ocupa en idear medidas que aumenten la natalidad. Ya desde 1881, M. Raoul Fray clamaba:—«No es de nuestra *ravanha* de lo que debemos tratar, sino de nuestra seguridad, de nuestra existencia. ¿Habrá todavía una Francia dentro de uno ó dos siglos? Y más tarde, el general von Caprivi, canceller del Imperio Alemán, se felicitaba en la tribuna del Reichstag de ver crecer en su país la cifra de los nacimientos, en tanto que disminuía en la Francia. Actualmente, el contingente de ejército francés se halla disminuido en 31.000 hombres, lo que significa la pérdida de tres divisiones, en tanto que el ejército alemán se ha aumentado en 15.000 soldados. La comisión extraparlamentaria preconiza diversas medidas, que tienden todas á asegurar ventajas pecuniarias á las familias numerosas, en tanto que la iniciativa privada contribuya por otros medios, tales como la lactancia materna, mejoramiento de la higiene de los niños, investigación de la paternidad, naturalización obligatoria, revisión de la ley sobre herencias, etc., etc. Otros pensadores contestan esos consejos, reclamando que lo urgente sería reaccionar contra la inmigración en las ciudades de los habitantes de los campos; contra las aficiones de la vida fácil y cómoda, que ahoga el espíritu de sacrificio y el sentimiento del deber y que repugna el nacimiento de nuevos hijos, porque merma en algo el bienestar de que se quiere disfrutar. (LA SEMAINE FRANÇAISE).

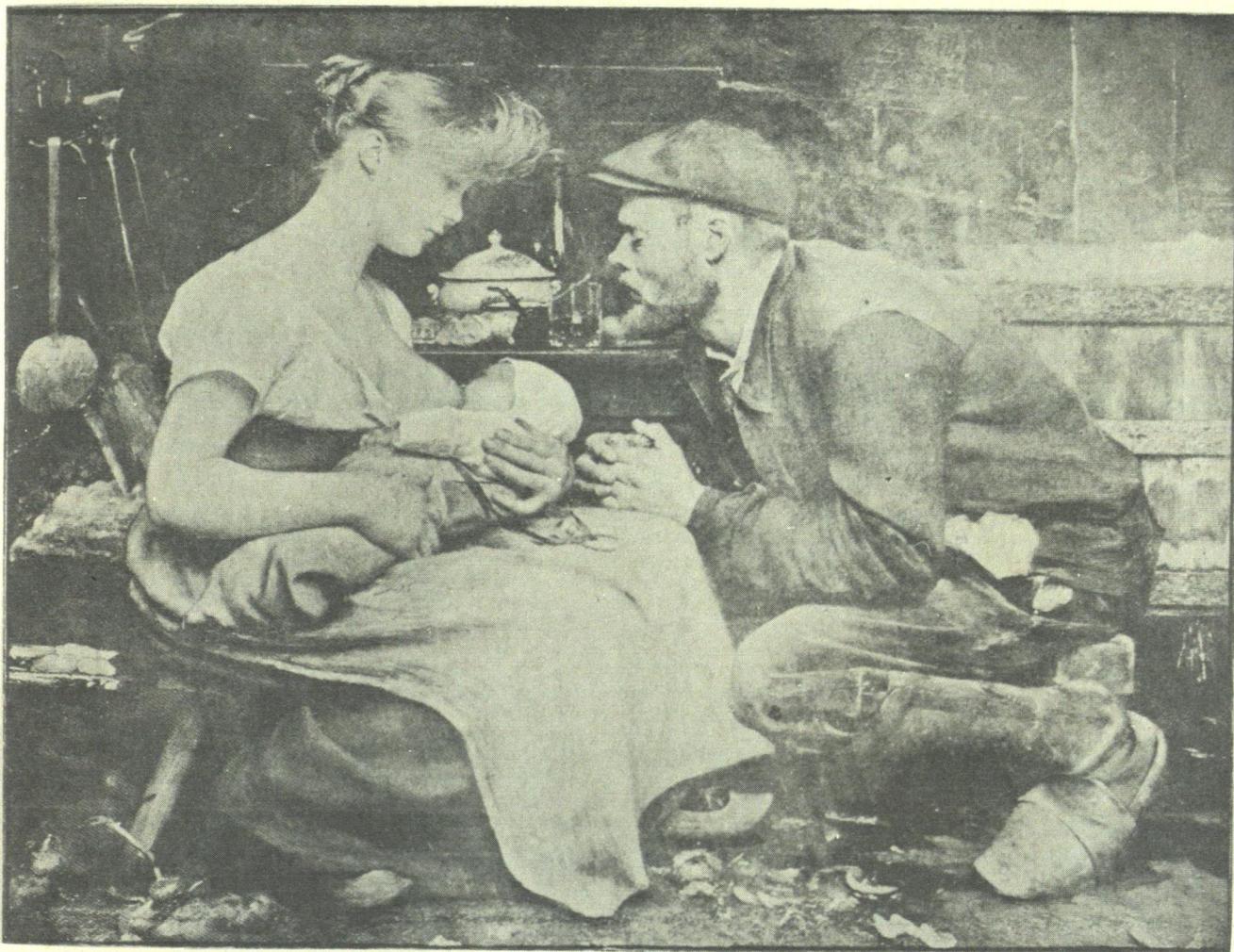
—En una fantasía acerca de la última estación del otoño, Jules Claretie, de la Academia francesa, alude á la desgraciada enfermedad moral que hace hoy víctimas en las sociedades decadentes: el «*arrivismo*.» Con el otoño, dice, el triste otoño, las melancolías entran en el espíritu. Los vencidos del cansancio moral

tienen pensamientos de reposo definitivo. Esos vencidos son pesimistas que no tienen el valor de reaccionar contra sus propias tristezas: se puede ser Alcestes y continuar viviendo:—¿Habrá una nueva aurora? Me parece que los jóvenes que constituyen las generaciones militantes no han conocido esas horas sombrías, como la tarde de Sedán, la tarde de Bourget, la tarde de la capitulación! Han padecido otras: *han padecido de su inactividad y de su impaciencia*. Su pesimismo está hecho de hermosos ensueños irrealizados. Yo no detesto ese pesimismo cuando es sano, como esos amargos que reconstituyen un temperamento. Me subleva cuando es una de las formas del *arrivismo*. Ah! el *arrivista!* la palabra de moda. Ella pinta un tiempo, caracteriza una época. Envidia á M. Alcanter de Brahm que la ha inventado: ya está clausurada en el Diccionario la letra A; de lo contrario, yo me esforzaría porque se le diera entrada oficial en el idioma á esa palabra. El *arrivista* es la palabra típica. Sarcey hablaba con saña de la *scène à faire*, la *comédie à faire*: la comedia moderna es el *arrivista*. El *arrivista* que no *llega* se torna rápidamente en un desencantado. Lo característico de nuestra existencia trepidante es la impaciencia. Hoy, Beroaldo de Verville agregaría fácilmente un capítulo picaresco á su *Moyen de parvenir*. Faltaríale, para ser completo, la colaboración de algún discípulo de Charcot. En cierto grado, la impaciencia llega á ser una neurosis comprobada y cuando el desencanto conduce al suicidio á un parisiense que no debía sino dejarse vivir, es porque la enfermedad era latente, pero innegable. Locura? No. Trélat ha escrito un libro magistral: *Las fronteras de la locura*. Los aburridos, los fastidiados, los impacientes, los seres agitados por una especie de actividad mórbida, que no es sino una de las formas de la laxitud, habitan precisamente esas fronteras. Allí se acantonan y salen raras veces de ellas, como en ciertos lugares del Austria los habitantes de los confines militares. Tenemos, en este mundo, los confines de los desencantados, los confines de los inconformes. Y esos neuropatas que, frecuentemente vuelven su agitación contra sí mismos, someten á un suplicio constante á los que le rodean.... El alcohol de los intelectuales es la ambición impaciente, que embriaga con ensueños malsanos, hunde en un alcoholismo especial. El *arrivismo* es un ajénjo.» (LES ANNALES POLITIQUES ET LITTÉRAIRES).

—M. Pierre Baudin, antiguo Ministro de Obras Públicas de Francia, acaba de publicar un libro, *Forces perdues*, que es como un complemento de la famosa obra del millonario americano Carnegie, titulada *El Imperio de los negocios*. Las revistas francesas vienen reproduciendo capítulos y párrafos del mencionado libro, entre otros el titulado: «La Francia crea, la Alemania produce.» La Francia —dice—ha creado la ciencia de la química, ha organizado su aplicación. La Alemania la explota en su plenitud. La una ha inventado, la otra aprovecha la invención. Nosotros hemos dado á la ciencia la parte preponderante de nuestro esfuerzo, los alemanes han hecho de la industria la parte principal del suyo. De los laboratorios de la Sorbona y del Colegio de Francia han salidos los descu-

brimientos más inesperados; de las oficinas de ultra-Rhin, sus aplicaciones más útiles. En esas colosales fábricas que humean bajo las brumas, como en Mannheim, existen contra maestros que llevan títulos académicos, que son doctores en ciencias, sabios distinguidos. Están encargados de una sola tarea, imponderable sin duda, pero no sujeta á jornal: el descubrimiento. El profesor y el industrial se ayudan: el uno apoya al otro; viven para el mismo fin. De esa colaboración no salen obras geniales, pero sí una gran cantidad de innovaciones provechosas. Recientemente, una revista inglesa definía la superioridad de la Alemania industrial diciendo: «Debe su fortuna á su ejército permanente de hombres de ciencia.» El carácter alemán es eminentemente propio para la formación de ese ejército. Es minucioso y busca los detalles. Lo que el filólogo hacía á principios del siglo para conquistar el mundo antiguo, lo hace hoy el ingeniero para someter el mundo moderno. Nada, en efecto, se parece más á una educación mística que la educación alemana. Se efectúa en numerosas escuelas técnicas y profesionales. No hay oficio que sea indigno de ella. Nosotros no podemos oponerles sino sabios eminentes cuyos trabajos ilustran á nuestro país, pero que permanecen extraños á los negocios. (IDEM).

—Adolphe Brisson, al analizar el reciente libro del vizconde Melchor de Vogüé, *le Maître de la Mer*, hace una incursión en los orígenes intelectuales del grande escritor. La fisonomía de Vogüé, dice, es demasiado conocida para insistir sobre ella. Hay, sin embargo, en su vida algunos puntos sobre los cuales es necesario volver, á fin de que se comprenda bien el sentido profundo y la intención de su libro. M. Vogüé es de antigua cepa francesa. Su colega Paul Bourget, citaba, en el elocuente estudio que le ha consagrado, las hermosas páginas en que el escritor evoca su infancia estudiosa y reflexiva. Vogüé fue educado en un gran castillo del Vivarais; allí aprendió desde luego á amar á la naturaleza, luego la poesía, después la historia. Leía y releía un opúsculo que habia descubierto por casualidad en uno de los anaques polvorientos de la biblioteca de familia. «La biblioteca de todo buen vivarés, dice él mismo, contenía dos libros de fondo: obras oscuras, casi inhallables hoy, que fueron para mí las primeras, las inagotables fuentes del encanto del cerebro, de las visiones internas. Una de ellas se llamaba los *Comentarios del soldado del Vivarais*....» Así, M. Vogüé se nutrió, al nacer, con los jugos de la antigua Francia y de ellos recibió una influencia indestructible. A ella se agregaron pronto otras. En la campaña de 1870 tomó una participación humilde y valerosa y trató, mientras estuvo en servicio, de mostrar algunas de las virtudes guerreras y caballerescas que amaba en sus antepasados. Luégo, entró en la carrera diplomática; recorrió la Europa, la Turquía, la Rusia, abriendo el espíritu á impresiones que ignoran los parisienses sedentarios y los provincianos adscritos al suelo. Se impregnó de las obras maestras de la literatura slava y las reveló en un volumen que se ha hecho clásico. Fue un precursor. Probó, mucho tiempo antes que todo francés, la



EL PRIMERO! — Cuadro de E. J. Buland

delicia de vivir en intimidad con el alma admirable de Tolstoy, el alma seductora y sutil de Turgueneff, las almas atormentadas y un tanto hurañas de Dostoiewsky y Gogol. Pero todo esto no era sino un simple gusto de artista ó de dilettante; su espíritu estaba consagrado á preocupaciones más graves; M. Vogüié había llevado lejos la pasión de su país y la inquietud de todo cuanto pudiera humillarlo ó rebajarlo. Vigilaba con ojo alerta el juego complicado de los intereses internacionales y los manejos oscuros de las cancillerías. Habría sido un perfecto embajador. Su destino lo conducía por vías diferentes. Debía llegar á ser crítico y filósofo, y también un poco profeta. Después de una corta permanencia en el palacio Borbón, que le inspiró la repugnancia de las costumbres parlamentarias, volvió á las letras para no abandonarlas más. Escribió los *Muertos que hablan*, en donde fijó sus reflexiones, sus amarguras y sus disgustos de antiguo diputado. (LES ANNALES).

—La baronesa Grimm continúa la serie de sus crónicas sociales y al referirse á los banquetes, escribe que muchas personas dan comidas, ignorando que no basta colocar muchas flores sobre la mesa y muchos faisanes y *bécasses* en un Menu, para realizar esa obra de arte que se llama una buena comida. Tan

difícil en su género, dice la escritora, como un hermoso cuadro ó una sonata perfecta. Sin embargo, la mayor parte de las dueñas de casa se lanza aturdidamente en semejante empresa, sin haber meditado los axiomas de Brillat-Savarin, ni la máxima de Mme. du Deffant: «La comida es uno de los cuatro fines del hombre: no recuerdo bien los otros tres.» En verdad, esas señoras son las primeras responsables de la relajación creciente de los estómagos, de la multiplicación de las apendicitis, del enorme consumo de aguas minerales, que reemplazan, en detrimento de los consumidores, á los vinos generosos, hechos con uva y con sol. Aprended, señoras, que el gran secreto del éxito y de las consideraciones consiste en un buen salón unido á una buena cocina, lo que llamaba Rabelais «el culto de la ciencia del gáznate.» Cuando se da de comer, es preciso pensar en la salud de los invitados: hay personas capaces de hacer atrapar una congestión en comedores excesivamente cálidos; otras exponen á sus huéspedes á vivas corrientes, origen de reumas y bronquitis. La escritora da aún largos y provechosos consejos, tales como no aguardar hasta las nueve á quien se ha invitado para las ocho, ni hacer aguardar á los puntuales; los discursos largos y numerosos: semejantes libertades no se les permitirían sino á las Al-

tezas auténticas, si fueran capaces de usarlas. Hora y cuarto de duración para una comida es lo perfecto. Además, una mesa culta es una gran sinfonia compuesta de pequeños acordes: no basta que en ella figuren personajes célebres, gentes de *esprit*, bellezas profesionales; es preciso acercarlas y agruparlas según sus gustos y afinidades, con toda la intuición del genio mundano, eligiendo las que deban quedar vecinas, para proporcionarles el máximo de amabilidad social. Una condesa, amiga de la baronesa Grimm, le escribía: «Siempre he colocado las comidas en el primer rango entre los placeres intelectuales. Que el banquete sea íntimo ó ceremonioso, en ninguna parte se conversa como en una comida. Entiendo por íntimo al que reúne seis ó siete convidados; si la mesa es estrecha, la conversación se hace general, cada cual oye lo que se habla y puede contestar. Aun el que calla se recrea oyendo; de manera que todos gozan en una comunidad de buen humor producido por el gusto satisfecho. La odiosa separación del *fumoir* rompe todo eso y justifica el uso de ofrecer los cigarros y el café en la mesa, á fin de que los invitados no cambien de sitios. Consejo final:—no paseis nunca, para convidar, la cifra de *doce*, el número de las Musas y de las Gracias reunidas.» (LA SEMAINE FRANÇAISE).

—Carnegie publica una conferencia en la cual refiere la experiencia que ha adquirido en los negocios. División, especialización: tal debe ser el orden del día; cada quien debe tener su especialidad. El hombre que se halla satisfecho de trabajar por un salario fijo, no es un hombre de negocios. Hay de ordinario alguna dificultad para comenzar, menos para el discípulo excepcional que ha logrado llamar la atención de sus maestros. Lo que más lo ayuda, es que sus finanzas están siempre en buen estado y que da pruebas de que ama su trabajo. Un día ú otro, el patrón descubre su valor y no hay mejor adquisición para su casa que la de un joven de inteligencia notable, que muestra juicio y, sobre todo, que toma los negocios á pecho. La llave maestra de la vida es la honradez, sin la cual la más refinada habilidad no tiene ninguna importancia. Los graduados en los colegios tienen una grande inferioridad con respecto á sus colegas más jóvenes que han comenzado antes de los veinte años. No se puede ser un correcto hombre de negocios y un especulador, porque el especulador no da nada en cambio del dinero que toma. (*La Nouvelle Revue.*)

—Gustavo Kahn analiza la ironía en la novela francesa, es decir, en Stendhal y en Merimée; si la novela debe ser una rama de la historia y de la economía social, si debe dar documentos rigurosos de almas raras, traducidos fielmente á íntegramente á plena luz, Stendhal y Merimée tienen razón contra los novelistas épicos y líricos. La ironía tiende al clasicismo: el cuento filosófico del siglo XVIII pertenece á sus antepasados; y tiene analogías con Tackeray y con Dickens. (*Rev. cit.*)

—En la correspondencia inédita de Saint-Beuve, publicada por León Séché, aparecen algunos cuadros del salón de Mme. Récamier, conteniendo los retratos de algunas celebridades de la época, entre otras, algunas palabras sobre Alfredo de Vigny: «Vigny no hace nada y es opinión general que nada quiere hacer. Cada vez que ve á Buloz le dice: 'Trabajo demasiado; y quedarías asombrado de la cantidad de manuscritos que tengo preparados.' Y Buloz ríe estrepitosamente, con una risa que sólo es tolerable porque Vigny no la comprende.» (*Revue des Deux Mondes.*)

—A. Bossert descubre en la *Juventud de Schopenhauer* los lineamientos de lo que será más adelante. A los veinte y cinco años, no habiendo publicado nada todavía, tomaba notas sobre sus lecturas; pero en ellas ya se podían determinar los elementos de que se compondría su filosofía. Su vocación se decidió durante el aprendizaje que recibió de Schulze, un kantiano sagaz y prudente, que desconfiaba de las consecuencias que comenzaban á deducirse de las enseñanzas del maestro. Las observaciones del joven Arturo se referían principalmente á los aspectos tristes del destino humano. El tomará á Kant su teoría del conocimiento, á Platón su visión sublime de las Ideas, en la cual encontrará la inspiración y la regla de la poesía y de las artes. También se compondrá un pesimismo de una especie particular. (*Idem.*)

—Andrés Lebretón demuestra que la novela balzaciana ha salido de la novela popular, que data del día mismo en que la Francia se hizo una democracia. Afortunadamente, Balzac no tardó en seguir á los mejores maestros, que se llamaban Richardson, Goldsmith, Godwin, Sterne, Walter Scott, Fenimore Cooper, pertenecientes en mayor ó menor grado á la escuela realista. Daumier, Grandville y Gavarni también ejercieron influencia sobre él; pero, sobre todo, gracias á La Bruyère y á Molière concluyó por ver distin-

tamente lo que antes veía muy confuso. (*La Revue de Paris.*)

—El doctor Lowenthal está convencido de que el reclutamiento ejerce una selección insuficiente. En tanto que la Francia incorpora al ejército 683 por 1.000 de sus conscriptos, la Alemania, el Austria y la Rusia introducen en los suyos 160 á 200 por mil. De manera que el impuesto de sangre de la Francia es por término medio 280 p^o mayor que en cada uno de los mencionados países. (*Revue Scientifique.*)

—Andrés Gille concede al público en la obra de arte cierta importancia por la cual el público debe ser cultivado. El peligro de la multitud no viene solamente de que es inculta, de manera que es fácil lisonjearla, sino de que es demasiado numerosa, heterogénea. Además, siente hambre de dogmas; los antiguos no le bastan; hay que inventarle nuevos, hay que hacerle obras *ad hoc.* (*Ermitage.*)

—Mario Ary Leblond aprecia en Leconte de Lisle lo que tenía de su país, la isla Borbón; el poeta la celebra por la parte que tuvo en la formación de su alma de adolescente. En los demás escritores, ese amor de la tierra nativa no es sino la ternura femenil de un niño que recuerda; en de Lisle es la emoción estética y racional de un hombre en plena serenidad. (*Humanité nouvelle.*)

—Paul Lafargue asegura que el ideal socialista aun cuando fuese una hipótesis indemostrable, falsa, lo cual no es cierto, no sería menos una fuerza propulsiva del progreso social. La hipótesis es tan necesaria en las ciencias sociales como en las ciencias exactas. El comunismo de los socialistas contemporáneos no emana ya, como en tiempos anteriores, de elucubraciones cerebrales de pensadores de genio, sino que es el objeto hacia el cual tienden las fuerzas económicas. Hasta ahora los hombres se han dejado arrastrar por ellas y ya es tiempo de que ellos, á su vez, reaccionen. (*Mouvement socialiste.*)

—Fritz Austerlitz cree que la unión de Austria y Hungría será de poca duración; subsiste aún porque el viejo monarca que necesita tranquilidad se defiende contra todo ataque un poco violento y no trata de retroceder. Tratar de «salvar» el dualismo por la fuerza sería peor, ó mejor, sería darle el golpe de gracia. (*Idem.*)

—Es incuestionable que hay cierta lógica en la historia; una lógica que no debe confundirse ni con la necesidad geométrica ni con el fatalismo. Los factores de la evolución de una clase son, en primer lugar, el hombre superior; luego, la imitación libre; en último caso, el sentimiento de malestar; pero ninguna clase está aislada: existen los partidos, el de los innovadores y el de los conservadores. La grandeza y la decadencia son resultantes, según Arthur Bauer, producto de las ideas, los sentimientos, las cualidades del espíritu, no fijadas por un decreto absoluto y divino, ni por un fatalismo puramente material, sino dependientes de condiciones positivas. Al conocer éstas, los errores sociales tienen remedio. (*Revue internationale de Sociologie.*)

—Frank B. Tracy cree, que, en el interés de la civilización y del progreso, importa cerrar la era de las pequeñas diferencias entre la República Americana y el Dominio del Canadá, pero que arreglada la cuestión de la frontera de Alaska, quedará otra por resolver: la adhesión del Canadá á los Estados Unidos. El autor concluye con la siguiente declaración: *Es imposible torcer la marcha de la historia: el Canadá forma parte de los Estados Unidos y por la voluntad de su pueblo, un día llegará á ser con orgullo una grande aneición americana.* (*North American Review.*)

—A. M. Low hace observar la desmoralización profunda de la clase baja americana. Esta desmoralización se acusa por los combates de perros, de toros, espectáculos de ferocidad, de los cuales el linchamiento no es sino un episodio. Los asesinatos se han hecho tan frecuentes, que los periódicos no dan cuenta de ellos sino en un par de líneas y ya los delitos no se juzgan sino «por fórmula», por llenar las apariencias, porque de antemano se cuenta con la absolución. Por supuesto que Low ha querido exagerar, y por ello no ha sido verídico ni justiciero. (*National Review.*)

—G. A. Cesario ensaya determinar el papel que representa la crítica estética, que según él tiene por objeto indagar el grado de belleza de la obra de arte, para formarse juicio acerca de su valor expresivo. Ahora bien, si es relativamente fácil á cada cual sentir que una obra de arte es bella ó no, desde que se trate de expresar un juicio acerca de su valor estético las opiniones difieren, porque cada cual tiene absolutamente la suya y todas están en desacuerdo. Es lo que acontece á propósito del Dante: ¿su *Paraiso* es más ó menos bello que su *Infierno*? A propósito del *Orlando* de Ariosto, ¿es una obra de arte más ó menos perfecta que la de Bojardo? A propósito de Alfieri, ¿es un trágico sublime ó mediocre? *Et sic de ceteris.* ¿Cómo, pues, arreglárselas para formar un juicio exacto acerca de una obra de arte? Cesario propone el problema y demanda la solución al análisis de algunas obras acreditadas como superiores. La principal condición de la crítica estética, en su concepto, es librarse de toda idea preconcebida cuando se quiere comprender una obra de arte; luego, examinar esa obra, situándose en el punto de vista de sus relaciones con el estado de alma que el poeta ó el artista quiere provocar. El objeto del autor es probar que la crítica estética es ó debe ser una obra experimental. (*Nuova Antologia.*)

—Eduardo Shuré, en un estudio titulado *Nuevas Harmonías*, discute el grave problema de la ciencia y de la religión, cuyo conflicto estima como el gran mal de nuestro tiempo, una vez que ambas se presentan como dos fuerzas enemigas é irreductibles. De ello viene una guerra latente no sólo entre el Estado y la Iglesia, sino en el seno mismo de la ciencia, en el seno de todas las iglesias, y, finalmente, en la conciencia de todos los seres pensantes. ¿Qué hacer? Reconstruir la sabiduría antigua con medios más precisos y sobre bases más sólidas. «Hoy, dice, si la Iglesia, encerrada en sus dogmas, si la ciencia, encerrada en la materia, no saben ya producir hombres completos, el arte de crear y de formar las almas se ha perdido y no volverá á encontrarse sino cuando la ciencia y la religión se fusionen de nuevo en una fuerza viva y trabajen de común acuerdo por el bien de la humanidad. Para realizar esta unión, no será necesario que la ciencia cambie de sistema, sino que extienda su dominio; ni es preciso que el cristianismo altere sus tradiciones, sino que comprenda su origen, su esencia y su trascendencia. Esta época de regeneración intelectual y de transformación social llegará, de ello estamos convencidos: ya lo anuncian hechos incontestables.» (*Nuova Parola.*)

—Bajo el título *Las corrientes políticas en Alemania*, M. Sockolnicki resume la situación creada por las últimas elecciones y determina el papel de los diversos factores que han contribuido á la obtención de los resultados presentes. Entre ambos grupos, protestante y católico, que deciden actualmente de los destinos políticos de la Alemania, se ha levantado el poderoso partido obrero con sus



LA VISION DE EZEQUIEL. - Cuadro de Rafael Sanzio.

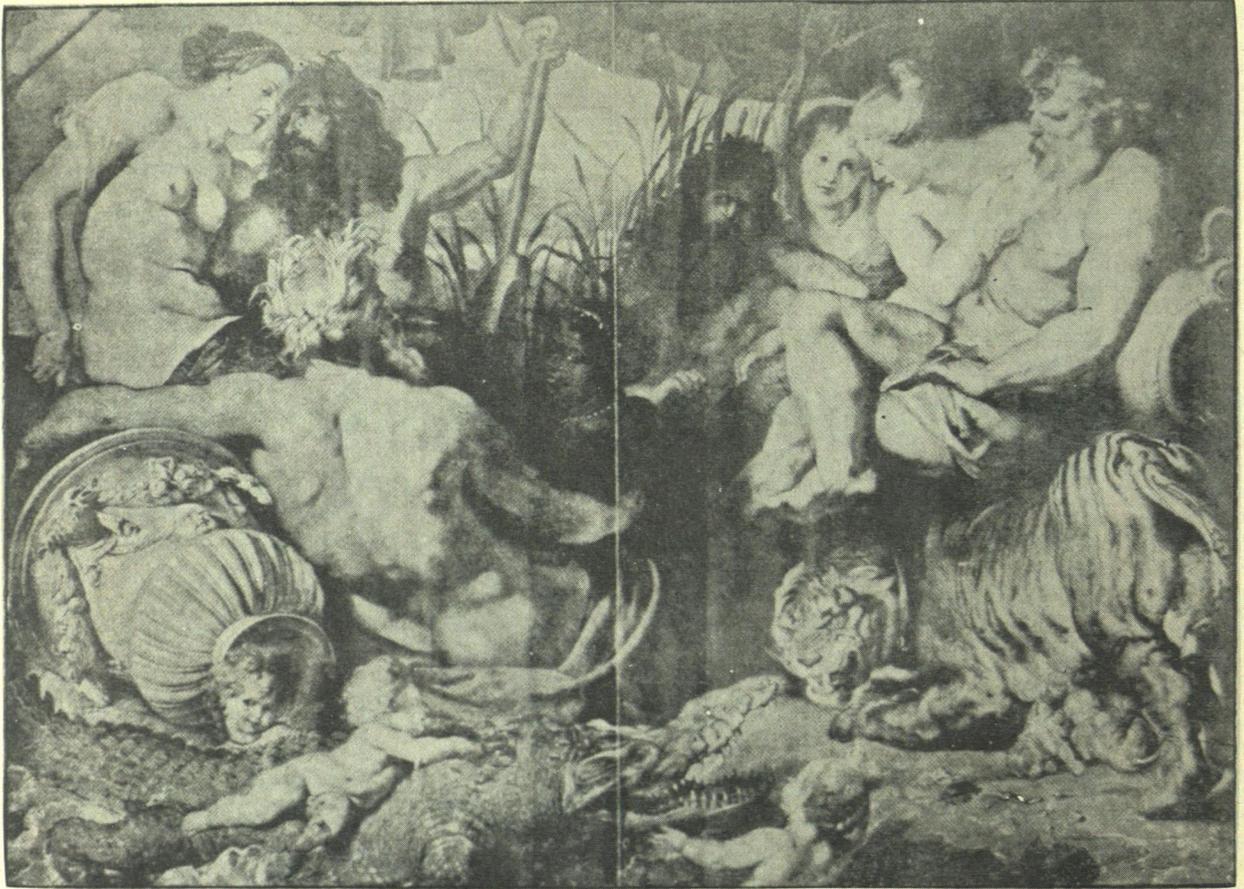
tendencias á la socialización de la propiedad y la abolición del sistema monárquico. Al referirse á las recientes conquistas del partido socialista, que, según todas las probabilidades irán siempre creciendo, el autor establece una analogía entre este movimiento obrero y el de la Reforma. Este espíritu revolucionario es la ruptura de todos los vínculos de la jerarquía moral y social; es, después de la Reforma, la segunda manifestación de los derechos del individuo con respecto á las tradiciones y á las formas tradicionales existentes. Pero la primera reforma era del dominio de la conciencia religiosa y modificaba apenas ciertos detalles de la organización social, á medida que la clase media daba sus primeros pasos; mientras que la segunda, la de hoy,

va hasta la estructura de la vida social, tratando de metamorfosearla completamente.» (*Biblioteka Warszawska*.)

—F. Koneczny prosigue un estudio acerca del espíritu conservador del campesino, asegurando que las esferas inteligentes deben limitarse únicamente á informar al pueblo y limitar hasta ese punto su influencia. «Démole al campesino, dice, el medio de comprendernos y de conocer nuestra cultura, á fin de que no seamos para él un tipo de humanidad diferente y particular. Pero guardémonos de imponerle esta cultura; dejémoslo seguir su evolución natural. El elegirá, por intuición, lo que sea realmente propio al espíritu nacional y lo que pueda asimilarse y conservar.» (*Idem*.)

—Paul Gsell concluye el estudio é inves-

tigaciones que abrió acerca de la *Crisis del Libro en Francia*. Respecto al asunto, inserta las opiniones de los más notables librereros y editores de París. *M. Ch. Delagrave* opina que los inconvenientes con los cuales tropieza frecuentemente la librería clásica son los constantes cambios de programas escolares; pero en general cree que la crisis no es para ese género de libros tan profunda, á causa de la creciente necesidad de instrucción, á pesar de que las modificaciones oficiales en los métodos de enseñanza obligan á los librereros á recoger de la venta obras apenas editadas y á los padres de los niños de escuelas á renunciar á los libros que sirvieron para la instrucción de sus hijos mayores. La casa *Hachette y Comp.*, la más ilustre de París, dice que lo que hace hoy la profesión librera



CUADRO DE RUBENS

más difícil que antes es el número creciente de los que la ejercen; que hace cuarenta años, antes de la guerra prusiana, no había en París sino cuatro ó cinco librerías clásicas, mientras que hoy existen unas treinta: nó que la venta haya disminuido, sino que como se ha distribuido entre mayor número de beneficiados, el movimiento de los negocios y los provechos consiguientes son menores para cada vendedor. Cuanto á la venta de las obras literarias, lo que la ha hecho descender es la concurrencia de los periódicos, los cuales ganan lo que pierde la librería: ya hay diarios de seis, ocho y aun doce páginas, que tienen lectura bastante para más de un día, están muy bien redactados y contienen artículos que llevan al pie las firmas más ilustres. En tales condiciones, el público desdén el libro. La librería *Larousse*, la gran casa enciclopédica, que conserva de su fundador las tradiciones del libro útil y de vulgarización, dice que no tiene nada que sentir de la crisis que atraviesa actualmente el comercio librero, y ello á causa del género de sus publicaciones; y agrega que, dado el espíritu positivo que prevalece hoy, la literatura de imaginación verá de día en día disminuir el favor público, en tanto que las obras útiles recibirán progresivamente mayor acogida. *Félix Alcan* manifiesta que el género de libros de que se ocupa es de los menos sometidos á fluctuaciones comerciales; opina, sin embargo, que la crisis del libro viene en gran parte de la abundancia de periódicos y publicaciones de su índole, del gusto de la fotografía, de la bicicleta y del automovilismo que se desarrolla en todas las clases, lo cual ha cambiado el gusto del pú-

blico, disminuyendo el consumo del libro y produciendo la crisis, la cual se acentúa más con respecto á los libros de literatura y á las obras de lujo. *Adolfo Schleicher* cree que la situación poco brillante de la librería reconoce por causa principal la crisis económica que reina actualmente en todos los negocios y que de esta crisis sufren principalmente todas las industrias que no son inmediatamente indispensables al sostenimiento de la vida: los ramos de actividad que tienen por objeto la alimentación, la fabricación de vestidos y los trasportes, no pueden ser dañados por esa crisis, porque de ellos depende la existencia material, en tanto que el libro no alimenta sino el espíritu y ahora el estómago pasa primero que el cerebro. *M. Baranger*, Presidente de los Sindicatos de librería de Francia, cree que los editores son, en parte, responsables del estado en que se hallan, á causa de que no siempre publican buenas obras. *M. Le Soudier* escribe que la repercusión de los malos negocios se siente con más intensidad en el de librería, porque no se trata de una industria cuyos productos sean absolutamente indispensables al hombre en el grado que las substancias alimenticias; por otra parte, los periódicos, los diarios, las revistas ocupan el lugar del libro. Los diarios de seis, ocho y diez páginas, proporcionan por sí solos, al precio de un centavo, más lectura que un día no permitiría á un hombre de negocios; los sports, la bicicleta y los automóviles influyen también en la decadencia del libro: no están de moda los placeres sedentarios y ya no gustan los placeres del hogar. *M. Fasquelle*, el editor de las novelas de Zola, se queja de que la le-

gislación de ciertos países no protege la producción literaria y que esto ha contribuido mucho al decaimiento. El autor resume, obteniendo como resultado de sus investigaciones que la crisis librera reconoce dos especies de causas: las unas derivadas de fatalidades económicas y sociales, las otras dependientes de voluntades individuales; que la crisis económica general hiere sobre todo á aquellas industrias cuyos productos no son inmediatamente indispensables á la vida material, situación para la cual no hay otro remedio sino esperar que pase; que la moda de los sports, el favor concedido á los nuevos medios de locomoción, el automóvil, la bicicleta, ha derrotado las distracciones del hogar y retirado al libro gran parte de su clientela, para lo cual tampoco existe otro remedio sino esperar á que pase la moda; que el periódico, gracias á todos sus recursos de publicidad, hace al libro una concurrencia victoriosa, ofreciendo al público por un precio ínfimo y bajo las firmas más ilustres, artículos y folletines que pueden leerse en cualquier momento: ningún remedio tampoco, es un fenómeno social ineluctable; y que las leyes que consagran la laicización progresiva de la democracia perjudican á la librería clásica y es fuerza inclinarse ante la voluntad general. (*La Revue.*)



Del segundo certamen de "El Cojo Ilustrado"

JACINTICA



VALERIANO no tendría más allá de catorce años; pero su naturaleza robusta, su salud nunca perdida, y su espíritu alegre,—como que era caraqueño, nacido en la mismísima esquina de Santa Rosa, en pleno «Estado Vallenilla.» — le hacían aparecer con unos años más de los que contaba.

Fuera de Caracas sólo conocía las parroquias foráneas del Distrito. El Valle, porque más de un año, y camino del cerro, fue con otros de su clase á ver la «bajada de los Reyes.» Sabana Grande, porque en una de sus célebres temporadas de toros coleados, allá se iba Valeriano todos los domingos; unas veces á pie, en alegre camaradería con los muchachos que como él tenían «su negocio» en los alrededores de la Plaza de Bolívar, y otras, colgado á la trasera de un pesado *landau* «de lujo.» Y en cierta ocasión, y con grave riesgo de su vida, agarrado al pasamano del último coche de un tren cargado de gente caraqueña, que iba al simpático pueblo, invitada por el caballero Don Marcelino.

Valeriano conocía La Guaira, Mucuto y Maiquetía, porque á esta última población fué por dos años seguidos en la peregrinación á la gruta de Lourdes, como encargado de las maletas de un grupo peregrinante al- teño.

Porque Valeriano, ágil, diligente, vivo, y «hasta cierto punto honrado,» lo mismo vendía billetes de lotería, como voceaba «El Noticiero» ó «El Pregonero;» tan pronto «hacia pacotillas» en el Mercado, como en un santiamén bajaba de los coches, maletas, paquetes y «bojotes,» que acomodaba en un asiento de primera, ó en un banco de segunda, del tren, según la «clase» en que iba á viajar el asaltado pasajero.

Valeriano fue en otro tiempo limpia—botas, pero oyó decir cierto día á uno de esos oradores que tienen su tribuna frente á la Casa Amarilla, que «el hombre no debe doblar la rodilla ante otro hombre,» y desde aquel día y hora tiró á un lado el cajón, los cepillos, el frasco del agua, y las cajas de betún y de crema.....

Con un oficio y otro, con aquella y esta «industria,» raro era el día en que Valeriano no «sacaba» cinco y seis bolívares, de los cuales llevaba, invariable y gustosamente, un peso, á su madre, único sér que tenía «bajo la capa del cielo,» que viera por él, y á quien él tuviera cariño hasta ese entonces.

Los otros bolívares los empleaba Valeriano en vestirse, fumar, pagar su grada de sol en los toros,—cuando no podía «colarse,»—y en ir á una «tanda» de las sonadas del Teatro Caracas.

Cuando un chico de su comunidad se veía en el apuro de un bolívar, él se lo prestaba de buena gana; pero eso sí, tenían que pagárselo el día prometido, ó armaba un samplatorio de mil diablos, en el que, por lo



regular, tenían que intervenir los «murriones,» como llamaba él á los policías.

Tal era, á grandes rasgos, Valeriano, caraqueño de pura sangre, bravuoncito, cosquilloso, amigo de una parranda, y buen hijo.

Jacintica salió al medio del arroyo apenas comenzó á dar sus primeros pasos,—al año, más ó menos, de nacida, en una casa—solar por Candilito de la Candelaria, donde vivía su madre, cuyo oficio de lavandera obligábala á estar en las cercanías del Anaucó.

Aquella casa semi en ruinas, constaba de siete cuartos de alquiler, con salida á un gran patio, que así servía de «embostadero» para la madre de Jacintica, como de cocina para todas las inquilinas de aquellos cuartos; pues es de advertir, que en cada una de las siete piezas habitaba una familia más ó menos numerosa. Casa de vecindad, en fin, con todas las facilidades para el mutuo socorro de sus inquilinos, y con todas las desventajas y peligros que tiene la vida en común entre gente de baja clase, y sin nexos de ninguna especie.

Al final de aquel patio, y como si fuera su prolongación, pues la pared que los dividía estaba en completa ruina, se hallaba el solar, con algunos árboles frutales, dos cuadros de hortaliza, y, en todas direcciones, «hicos» para tender la ropa al sol.

En aquel patio, gateando primero, sufriendo quemaduras con los anafes, rodando por los dos escalones de la puerta de su cuarto, al sol siempre y al agua de lluvia en ocasiones; con una camisilla anudada á la espalda, pocas veces, y por lo regular á pura carne de cuerpo, pasó Jacintica su primer año.

Luego, cuando echó á andar, cuando á los pínicos siguieron los primeros pasos, «resbaldándose» por las paredes, y agarrándose á todo, era raro que la chiquilla estuviera en el patio. O se iba al corral á recoger del suelo las frutas caídas de los árboles, á arrancar las hortalizas, y á tronchar algunas «flores que sirven para remedio,» y cuyas matas por allí había sembradas en ollas viejas y en desvencijadas latas de kerosene, ó se plantaba en la puerta de la calle, á recrearse inconscientemente con los chicos de más edad que

ella, que jugaban á novillos, si era temporada de toros, ó á gárgoles, ó á avances de limones verdes; tocándole más de una vez algún limonazo, de aquellos que entre ambos bandos se lanzaban, con intercalaciones de piedras.

Así vivió Jacintica sus primeros cinco años, al cabo de los cuales, no pudiendo la madre con aquel diablo de chiquilla, decidió que fuera á darle guerra á una pobre maestra de Escuela Federal que tenía su plantel en la esquina de La Cruz.

Jacintica aprendió á leer, aunque penosamente, á los seis meses; y armada de un lápiz, no había pared, ni papel que cayera en sus manos, que no llenara de letras deformes, aquellas que se pueden trazar con un par de rayas, siendo su preferida la O, que hacía en forma de pera, algunas veces, y otras con la de un aerostato que ha perdido mucho gas, y el viento azota.

Por la gran perseverancia de su madre, y á pesar de sus resistencias, fue la arropieza tres años discípula de aquella escuela. Cada examen costaba á «la señora Paula» una semana de berrinches y un traje blanco para Jacintica. Traje y berrinches que eran perdidos, porque nunca la chica pasó del *Libro Segundo* de Mantilla, de estampar su firma y el nombre de la señora Paula, y de escribir en «Plana de Segunda.»

Cuando la señora Paula se convenció de que la chica no daba más de sí, y que para sudar angustias, como ella decía, eran bastantes los ocho años que llevaba de bregar con su hija, hizo la resolución de tomar un partido heroico; el de separarse de Jacintica, entregándosela á una señora para que hiciera compañía en sus juegos, á su niña, una tiranita de diez años, hija única, de genio altivo y mano ligera, por lo cual no fueron escasos los sofocos, ni menos los golpes que sufrió Jacintica de aquella niña voluntariosa y ensimismada.

Cortos meses duró la chica en posesión de su infantil y aristocrático verdugo. De aquella casa fue á otra, y luego á una tercera y una cuarta. Total, tres años de rodar, unas veces como «sirvientica de mano,» otras veces cuidando niños, y siempre «haciendo mandados;» por lo cual tomó afición á la vida callejera, tan llena de peligros hoy y siempre.

Ya de once años, y con un regular avío de ropa, formado con lo que en cada casa iban dándole, creyó la señora Paula que su hija, en vez de servirle á otros, debía ayudarla á ella en el pesado trabajo de lavar en el río; y fue por esto que Jacintica dejó de prestar sus servicios á gente extraña para volver á su casa. Y allí, ora en la colada, era en volver la ropa en el embostadero, y por lo regular con su lio á la cabeza, los dos días de ir al río,—que eran los lunes y martes de cada semana,—aligeraba con el suyo el trabajo de la señora Paula.

La madre de Valeriano era la aplanchadora titular del «Gran Hotel,» y precisamente era la señora Paula quien lavaba y almidonaba la ropa de aquel establecimiento y de sus huéspedes. Por esta razón ambas «industriales» eran amigas de amistad sincera y antigua.

Naturalmente, Valeriano y Jacintica, aunque mayor él que ella tres años, eran también amigos desde chicos.



FANTASIA

Se contaban como pocas, en verdad, las veces que se encontraban, pero estas eran bien aprovechadas en juegos y retozos que iban haciendo en cada ocasión más íntima y estrecha, aunque siempre infantil, la amistad del muchacho y de la chica.

Valeriano fue acostumbrándose á Jacintica; y lo que antes no hacía, por no perder sus paseos, sus ventas y sus jaranas,—llevar los miércoles en la noche la cesta de ropa almidonada del Gran Hotel á su casa,—hacíalo luego de buena gana, y con gran contento aunque con no poca extrañeza de la madre. y era que en el Hotel encontraba á Jacintica, á la cual se iba apegando cada día más.

—Mama,—dijole en una ocasión Valeriano á la aplanchadora,—me está pareciendo que Jacintica va á ser pa mí.

—Calla, muchacho! Tú no debes pensar ahora sino en tu madre. Continúa siendo bueno, y cuando sea tiempo veremos si *entóavía* sigue pareciéndote.

—¿Y si ella no es buena después?—replicó Valeriano con cierto temor.

—¿Y á tí qué te va con eso?

—Es que á mí no me gustan las frutas que se caen de las matas, *mama!*

Pasó otro año. Con el rudo trabajo se adelantó el desarrollo de la chica, y apenas tenía doce años cuando apuntó formas de mujer.

Valeriano, que había ido metiéndose más y más en el querer, se volvió loco de contento cuando hizo la observación de que Jacintica era una mariposilla de brillantes alas. Porque la muchacha, con el tiempo, había ido adquiriendo esa belleza peculiar de las mujeres de nuestro pueblo. «Trigueña lavada,» con un par de manchas de sangre en los redondos pómulos, la boca lujuriosa, negrísimos los ojos, y el cabello del color del abenuz; vivaracha, y con un acopio de refranes populares, empleados algunas veces en su defensa, y otras para agredir, por razón de su carácter, se llevaba tras sí todas las miradas, y tras de las miradas una frase, un suspiro ó un deseo.....

Notado por Valeriano que Jacintica se atraía todas las voluntades, á tiempo que con él no



FANTASIA

Otra vez logró Valeriano que Jacintica fuera con él á dar una tarde un paseo en el Tranvía de la Pastora. Pero de aquel paseo regresó el muchacho con una tristeza hosca que casi metía espanto, porque maldito el cuidado que la chica prestaba á sus tiernas y amorosas frases, susurradas por lo bajo, para que los pasajeros del tranvía no se enterasen de ellas. Jacintica sólo se pagaba de las miradas con que la apuñaleaban los del carro, y los que tertuliaban en las esquinas del recorrido.

—Vamos hasta mi casa,—insinuó Valeriano á la triunfadora chica,—allí verás á *máma* pegada á los *hierros*; ella te dará de unas conservas granosas que hizo ayer, y yo te daré un jazmín que le robaré de la mata á la vieja. Ven!

—No, es tarde, tu casa es lejos, y yo tengo miedo de que me coja sola el *oscurecio*.

—¿Sola? ¿No vas conmigo?—le preguntó ansiosamente Valeriano.

—¿Contigo? ¿Y eso no es ir sola? Tú eres un muchachón que no puede cuidar todavía á una mujer.....

—Puede que algún día te pruebe que soy hombre *pa tío*, fue lo que á duras penas pudo contestarle.

—¿Vas á esperar ser mayor de edad? Pues la prueba la verán mis hijos, le contestó chorreramente Jacintica.

Regresaron en el tranvía á la Plaza de Bolívar, donde Valeriano hizo subir á su desdenosa tirana á un carro de la línea «Caracas,» y dándole al cobrador dos «lochas,» le dijo: esto es *pa* que se pague lo de esa niña.

—¿Y tú no subes, no me acompañas hasta casa?

—Sí, contestó él,—subiré cuando eche á andar el carro.

Pero á poco arrancaron las mulas del tranvía, y Valeriano no subió.

—Valeriano, Valeriano! ven, no me dejes sola!.....

—El hizo un mohín, volvió la espalda, y se dirigió al puesto de periódicos de la esquina del Concejo Municipal.

—¿Salió ya «El Constitucional?»

—No, le contestaron, parece que hoy lo «sacarán» tarde, porque el Redactor y que llegó á las seis á la imprenta con un «aragato.» (*)

—Entonces todavía es tiempo, voy por mis suscripciones, dijo Valeriano.

Porque el muchacho, desde que le entró la ventolera de enamorarse locamente de Jacintica, ya no vendía diarios al pregón, sino que servía las suscripciones de los periódicos «grandes;» ni vendía personalmente billetes de lotería, sino que sacaba por su cuenta en la Administración, crecido número de billetes que luego repartía entre cinco ó seis chicos con quienes dividía utilidades. Y tenía más esmero en vestirse, y aun había comprado ya el primer par de zapatos. Su forma de vida, en fin, había cambiado como su carácter y como sus inclinaciones.

Esa noche llegó á su casa más tarde que de costumbre; pues terminado el reparto, fuese á sentar en uno de los pretiles de la Plaza de la Pastora; y allí se estuvo hasta después del último tranvía; hasta después que se hubo apagado la última luz de las casas vecinas. Sólo quedaron en ella Valeriano y

[*] En el *argot* de la prensa caraqueña se llama «aragato» un escrito del que sólo se sabe que habrá de causar honda sensación.

—Yo no sé, *máma*, lo que quiera «el Civil» ni lo que *quedará* la iglesia de Dios; pero sí que estoy más triste que un Viernes Santo, y que yo no respondo si le meto *padentro* un ojo al que se quede viendo á Jacintica de mala manera.

Con el tiempo aumentáronse el querer y los pesares de Valeriano, y siguió Jacintica embelleciéndose y culminándose sus formas. Lo único que no acrecía era el cariño de ella para él. Como una condescendencia aceptó cierta vez la muchacha ir con su amador á una *matinée* del «Caracas.» Ella se entregó por entero á la escena, y rió los chistes todos, y batió palmas á los cómicos,—y terció en la conversación y comentarios de sus vecinos espectadores,—todo sin hacer caso de Valeriano, como no fuera para darle un codazo cuando oía un chiste subido de color, ó para pedirle que la dejara ver tranquila la función.

pasaba de ser la chiquilla de siempre, volvió á decirle á la aplanchadora.

—*Máma*, estoy muy triste; á mí me va á pasar algo.....

—¿Por qué dices eso, Valeriano?

—Pues, porque Jacintica que *pa tío* el mundo tiene buenos ojos, á mí no me quiere.....

—¿Y por qué te va á querer, ó por qué no te va á querer?

—Ella sí que me quiere, pero á su manera, no como á mí me pide el cuerpo que me quiera. Ella dice que yo soy un muchacho y ella una mujer.....

—Y es la purísima verdad, ¿no lo estás viendo?

—Pero es, *máma*, que yo soy grande y formal; yo trabajo y me gano la vida, y el cuerpo y la *voluntá* me dicen que yo soy hombre *pa tío*, hasta *pa* otro hombre.....

—¿Y la edad? ¿No recuerdas que ni «el Civil» ni la iglesia de Dios te dejarían casar con solo ese *puño* de años que tienes?

el policía de punto, que era por cierto un su antiguo conocido.

—¿Como que está fuera la vieja, y la es- peras para la llave?—preguntó el agente del orden público.

—No, es que me se ha *despabilao* el sue- ño, y estoy tomando fresco porque tengo la sangre muy caliente.

—Pues lo mejor sería, replicó el del orden, que te acostaras tranquilo; el relente te *hadría* daño.

Y Valeriano fuese á su casa, allí cercana, y se echó en el catre, sin poder pegar los ojos hasta casi cuando iba á apuntar la aurora.

—

La madre de Jacintica cayó enferma con un «pasma de frío;» y para no perder su «marchantía» del Gran Hotel, se procuró una «ayudanta,» que fuera al río mientras ella quedábase en casa para hacerse unos remedios y dirigir á su hija en los trabajos de la «colada,» el «embostado» y el almidonado. Y era con la «ayudanta» que Jacintica iba entonces á llevar al Hotel la ropa ya lista para que la aplanchara la madre de Valeriano.

Libre del cuidado inmediato de su madre, Jacintica se movía con mayor desenvoltura en sus coqueteos de mujer joven y bonita; á tiempo que Valeriano aprovechaba también la falta de la señora Paula para estrechar más el asedio de la muchacha, la cual cada vez, no sólo le hacía menos caso á su perseguidor, sino que ya había comenzado á «co- gerle tierra.»

Al segundo miércoles de faltar la señora Paula, y cuando Valeriano fue á la puerta del Hotel á esperar á Jacintica, ya ésta había «hecho su mandado» y se había regre- sado á su casa. Era cerca de las ocho de la noche.

Valeriano, entre triste y rabioso, echó calle arriba, llevándose de pecho á cuanto tran- seúnte hallaba al paso, y provocando en unos indignación por el brutal atropello, y en otros cierto temor, porque le tomaban por un des- equilibrado.

Andando, andando, llegó á la esquina de El Conde, y siguió derecho, sin darse cuenta de que pasaba por la Imprenta Nacional, don- de debía recoger su reparto.

En la esquina de Las Carmelitas se de- tuvo un momento. Quizás el toque de retreta en el Cuartel de San Mauricio lo sacó de su abstracción, y le atrajo, pues torció el rumbo hacia aquella esquina donde también se detuvo otros breves instantes. Luégo si- guió hacia el Teatro Caracas, cuyas puertas en esos momentos estaban bloqueadas por compacta muchedumbre. A codazos y empe- llones abrióse campo el muchacho, hasta lle- gar á la taquilla donde venden las entradas á Galería. Subió la empinada escalera con el empuje de sus años y con esa inexplicable fuerza que lo impulsara hacia adelante en aquella noche. Llegó á la extensa localidad cuyos bancos encontró todos ocupados. Bajó en seguida, y previa la pérdida de cinco centavos, cambió la contraseña de la Gale- ría por una entrada á Platea. Pero, cuál no sería su sorpresa, al encontrar en una de las puertas principales del Teatro á Jacintica, acompañada de la «ayudanta.»

—¿Qué haces aquí?—le preguntó violentamente Valeriano.

—Pues, ya lo ves, lo que tú, vengo al tea- tro.....

—¿Vienes ó te traen?

—Pa ti lo mismo da.

En eso se acercó al grupo un joven, que

por su porte y manera parecía lo que hemos convenido todos en llamar «decente.»

Iba jovial y ufano porque contaba con lle- var presa entre sus afiladas uñas de joven aristocrático aquella tierna paloma.

Primero la función, alegre, alborotada. El calor de la sala y el compacto público aca- barían de caldear,—contaba con eso,—la san- gre de Jacintica; y luégo, los chistes de las obras y los comentarios picantes con que él los sazonaría, *harían lo demás.....*

—«Después del teatro,—pensaba él,—ah, después del teatro!.....»

Su alegría era comunicativa; quería hacer partícipe de ella á todo el mundo. Así, cuan- do llegó al grupo, y oyó el tuteo de Jacin- tica y de Valeriano,—y sin fijarse en las fra- ses completas cruzadas entre ambos,—dijo al muchacho:

—Ah, ¿eres su hermano, su primo?.....Pues te convidó también para la función.....

—Ese no es *mi* mío! exclamó Jacintica, in- terrumpiendo al joven.

—¿Que nó? vociferó Valeriano.

—Bonita hora de pelear han escogido us- tedes! exclamó el invitante.

—Y con usted también, só ladrón! gritó Valeriano, echándosele encima.

El joven se hizo atrás en cuanto se lo per- mitió la aún apiñada concurrencia; y llevan- do la mano á la cintura, como para sacar el revólver, le dijo al enfurecido muchacho: «Mi- ra lo que haces!»

Pero Valeriano, ciego de ira y de celos, no le dió tiempo á la defensa; y agarrándolo, como con dos tenazas, por la solapa del *smo- king*, le dió un cabezazo terrible.

No necesitaba de más aquel público que comenzaba á impacientarse. El escándalo se formó en el acto. Gritos, carreras, bastonazos, desmayos y tiros de revólver; de todo hubo allí por espacio de cinco minutos, que á to- dos parecieron eternos. Al fin los hombres de sangre fría y de sereno valor, ayudados por la policía, restablecieron con gran trabajo el orden.

Y en un grupo, forcejeando por desacirse de sus amigos, el joven «decente» estaba, sin sombrero, alborotado el pelo, y con la cara y la blanca pechera de la camisa, y el *smoking*, llenos con la sangre que le salía en abun- dancia de la nariz. Con razones, y por la fuerza,—cuando aquellas no bastaron,—fue al cabo reducido, y llevado luego á la próxima Botica de las Madrices, donde se le hizo la primera cura. De allí le condujo un oficial al cuartel de Policía, para que prestara declara- ción acerca del escándalo en el cual había figurado como el más connotado protagonista.

Por su parte Jacintica, arrastrada por la ayudanta, fué en una sola carrera por la calle Este 1, hasta llegar á su casa, donde ella y su compañera contaron la parte del escándalo que habían presenciado, pero in- ventando una fábula acerca del motivo que originó el deplorable suceso.

Valeriano fue llevado también á viva fuerza por dos gendarmes á la Policía; y estaba rindiendo su primera declaración, cuando hizo su entrada al Cuartel el joven «decente.»

Verle, y montar de nuevo en ira, fue todo uno en Valeriano; pero allí no pudo traducir su cólera en hechos, pues los policías lo su- jetaron en el acto.

Comprobada la agresión injustificada de Va- leriano, se ordenó la libertad del joven heri- do, quedando su agresor preso en el patio in- terior del edificio.

Aquella noche debía salir á una recorrida por Catia de la Mar, el Batallón «Caracas,» cuyas trescientas plazas fueron completadas por la Policía con un buen número de vagos y de gente «perjudicial,» que habían sido re- clutados en los últimos días.

No había uno solo de aquellos «voluntarios» que no estuviera contento con salir á cam- paña; porque, era lo que ellos decían, «es preferible andar por ahí, libre,—que algo se gana,—á estar aquí presos. Todas las balas no pegan; y cuando volvamos venimos «dra- goneando de jefes.»

Ante este razonamiento decidió Valeriano pedir, como lo hizo, su alta en el Batallón «Caracas;» *favor* que obtuvo incontinenti.

Valeriano por su parte pensaba así: «Si me matan, ¿qué importa la vida? Si vuelvo con ella quizás Jacintica me *haiga* tomado ca- riño,.....»

Y se fué á la guerra, y peleó bravamente en Catia de la Mar, en Caraballeda y luego en Guatire y en todas las acciones de armas que en territorio del Distrito, ó en lugares limítrofes se sucedieron en aquella época; dis- tinguiéndose en los combates por su arrojo y su valentía, y en el campamento por su or- den y disciplina.

Al fin llegó la hora del regreso á Caracas. Valeriano volvió hecho un hombre, querido de sus compañeros, estimado por sus jefes, y con fama de valiente. Su alegría al entrar á Caracas vencedor, era una alegría triste. Pen- saba, como siempre, en Jacintica, en verla de nuevo, y de nuevo en conquistar su amor. ¿No había él, de cara á la muerte, conquis- tado laureles?..... Pues «el laurel sólo sirve para atraer el mirto!».....

—

Valeriano, después de cumplidos los debe- res primeros de acuartelamiento, y de ente- rarse de la Orden General del Día, pidió per- miso á su Jefe para ir á ver á su pobre ma- dre, y secar sus lágrimas tantas veces derramadas por la ausencia y por los peligros de la campaña.

Después de un rato de expansión con «la vieja,» á quien no se atrevió á pedirle noti- cias de Jacintica,—fue Valeriano á cumplir lo que él creía sinceramente un deber; y se dirigió al Cuartel de Policía á saludar al «Ge- neral Hipólito.»

—¿Sabes?—le dijo su antiguo conocido, el policía de punto en la Plaza de la Pastora, —aquí ha estado varias veces Jacintica.....»

El corazón del muchacho le dió un vuelco terrible. En un mismo momento empalideció y se tornó su cara roja. No era para menos la noticia. Jacintica habría ido de seguro á verle..... á enterarse de su prisión, primero, y luego á inquirir noticias del campamento..... Eso era seguro!

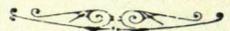
Así, presa de viva emoción, apenas pudo contestarle:

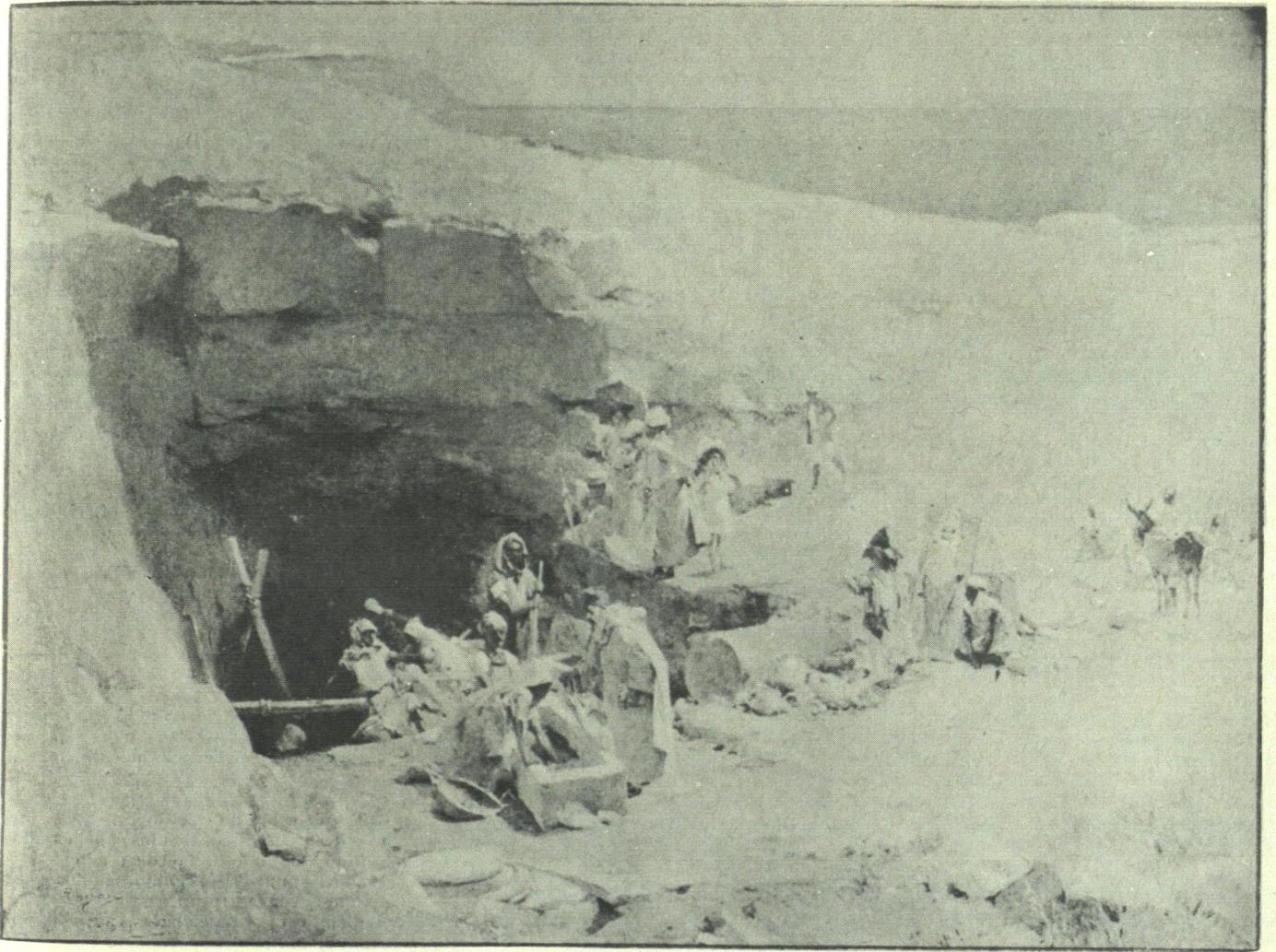
—¿De veras?.....»

—Sí,—le dijo el policía, con la mayor na- turalidad,—la primera vez la *trajeron* por- que formó á media noche una sampablera en el Puente de Hierro..... y así..... siem- pre por *algunas* de sus cosas.....»

—Se lo había dicho á mi máma —excla- mó Valeriano, dando una puñada sobre la mesa de la «Prevención.»

Y de sus extraviados ojos saltaron dos grue- sas lágrimas quemadoras.....





EXCAVACIONES EN LA NEROPOLIS PUNICA DE CARTAGO. — Cuadro de E. Pinchart

MADRE

No hay en el mundo mayor
Dolor que el pecho taladre
Que el infinito dolor
Del hijo al perder la madre;
Consuelo no hay que le cuadre,
Porque en este bajo suelo
Trono del humano duelo
Donde es pecado el nacer,
Consuelo no puede haber
Para tan gran desconsuelo.

FELIPE TEJERA.

Noviembre—1903.

Con ellas al bosque vamos ;
y en los boscajes espesos
vibrará con sus reclamos
el rumor de nuestros besos.

Tengo marcado en la umbría
el bucare cuyas flores
me enguinaldaron el día
que unimos nuestros amores ;

bajo su sombra sagrada
formaremos nupcial lecho,
y esta noche, reclinada
dormiré sobre tu pecho.

Sorocaima, frío el aire
de la tarde que declina
amontona sobre el Guaire
los copos de la neblina;

y van ganando la cumbre
las sombras de la llanura,
mientras la pálida lumbre
del primer astro fulgura.

—Laima, tu acento me llama
como un arrullo sentido
de paloma que reclama
al compañero perdido.

Como suave mueve el viento
las altas cañas del río,
de tu voz el dulce acento
blandito agita el pecho mío ;

la escucho en la brisa leve
que mi hamaca balancea,

la trae el aura que mueve
mi penacho en la pelea;

me dice, en sueños, el grato
recuerdo de dulce historia,
y á la hora en que combato
me promete la victoria.

Si lejos de tí me llega
y me agita enamorado,
¿ cómo ha de ser cuando ruega
tan dulcemente á mi lado ?

Al bosque vamos, amada;
y del florido bucare
la amiga sombra sagrada
nuestros amores ampare.

Mas ¡ ay! ¿ acaso sabemos
si como el ave inocente
tras esta noche podremos
saludar al sol naciente ?

En otros tiempos venfan
tras las tardes las auroras,
y en paz y amores corrían
para el indiano las horas.

Mas ahora, á cada instante
los fieros conquistadores
con su clarín resonante
ahuyentan nuestros amores.

El bucare de la umbría
esparció sus rojas flores
sobre nosotros, el día
nupcial de nuestros amores.

SOROCAIMA

I

ARRULLO (?)

—Ya se cubre la llanura
con la sombra de las lomas,
y á dormir en la espesura
van ligeras las palomas.

Del segundo certamen de "El Cojo Ilustrado"

Barral, Hist. ant. Cap. XIII.

La roja flor sangre augura;
pero á tí, Laima querida,
déte el cielo la ventura
y á mí la crüel herida.

Laima, trémula paloma,
que me llamas dulcemente,
ya la blanca luna asoma
por las sierras del oriente.

Los argentados fulgores
alumbren nuestro camino,
y olvidemos los rigores
de la guerra y del destino.

CLAROS DE LUNA

Quando un rayo de luna en la espesura
se desliza, esmaltando la verdura
de los sotos con flores argentadas,
que tiemblan como estrellas titilantes,
descubre las amantes
parejas de avecillas que, posadas
en los flexibles ramos, sus plumones
confundiendo amorosas,
entre el ruido y las sombras temerosas
sólo sienten latir sus corazones.

Así la hermosa Laima
y el valiente guerrero Sorocaima,
bajo el bucare de sangrientas flores,
que ahora argenta el rayo de la luna,
forman lecho nupcial á sus amores ;
y entrelazados, tímidos cual una
pareja de palomas, quedan presos
en el lazo de amor y silenciosos,
fundiendo su deseo en sus miradas;
y súbito sus besos
se cruzan rumorosos;
dulces reproches, quejas suspiradas
dan tregua á los abrazos delirantes,
hasta caer vencidos
en el reposo del amor silente.

Entre la yerba hundidos
á los rayos del astro
nocturnal que los baña suavemente,
parecen dos palomas de alabastro
reposando en un campo de esmeralda.

¿ Qué sombras por la falda
de la montaña cautelosas vienen,
se separan, se unen, se detienen,
y se adelantan raudas
en escuadrón gigante ?
¿ Son, acaso, las caudas
de poderosos tigres, que en la sombra
atisban con pupila centellante ?
¿ Ó el ala inmensa del condor que asombra
la cresta nebulosa de los Andes ?
¡ Ay, no! Ya á un claro de la selva llega
el escuadrón sombrío : son los grandes
corceles con las huestes de Castilla ;
y del pendón real que ya despliega
Garcí-González, á la luna brilla
el león de oro, que con fiera garra
la altiva almena del escudo agarra.

Quando en las noches de radiante luna
á la orilla de límpida laguna
llegan los ciervos, alzan lentamente
al claro ciclo la enrejada frente,
después, medrosos, vuelven la cabeza
hacia el bosque y la pérvida maleza,
por donde á cada instante
creen que brilla un ojo fulgurante,
se inclinan, y en el agua cristalina
que los refleja van bebiendo trémulos;
si oyen que en la vecina
selva ruje el jaguar, se despereza,
y con su cola azota la maleza,
los ciervos espantados
tiemblan, los grandes ojos desolados
abren, miran doquiera,
sin saber á do ir, hasta que súbito
se lanzan juntos en veloz carrera.

Los indios han sentido
en el silencio de la noche el ruido
de la hispana guerrera cabalgata ;
y ante el fiero enemigo que arrebató
su riqueza, su paz y sus amores
huyen, y coronando los alcóres
el arco tienden que la muerte lanza...

En la llanura el escuadrón avanza...
Los corceles rijiendo encabritados,
rutilantes los petos cincelados
y los escudos, se agigantan fieros
cual centauros de mármol los guerreros.
Con los arcos armados
los que defienden el nativo suelo
parecen destacados
en el zafr del cielo,
como ciervos de bronce, iluminados
por una antorcha que la noche inclina
sobre el claro verdor de la colina.

LA LUCHA

El clarín castellano
y el caracol indiano,
clamorosos
enardecen los pechos
valerosos ;
estremecen la tierra las pisadas
de las huestes; la hispana artillería
retumba y por sus rojas llamaradas,
como estrellas filantes
cruzan raudas las flechas fulgurantes.

¡ Ay! ya el plomo clarea
la hueste indiana, y mueren los más fieros
incansables arqueros ;
mas se oye entre el rumor de la pelea
un nombre que es un canto de victoria:
¡ Sorocaima, el valiente Sorocaima !

Ya el indio llega y cual sonrío á Laima
sonríe ahora al beso de la gloria;
el hacha ponderosa
de piedra blanda, y vibra poderosa
su voz con grito de león herido.
«Seguidme, dice, pecho á pecho lidian
los valientes : seguidme los que envidian
á Guaicaipuro que cayó rendido,
como alto ceibo que fulmina el cielo,
defendiendo, indomable, el patrio suelo.»

Cual de haz inmenso inúmeras espigas,
por soplo de huracán arrebatadas,
las últimas saetas disparadas
zumbando agobian yelmos y lorigas ;
y dejan el collado
los bravos defensores
de la patria, y siguiendo al denodado
Sorocaima acometen impetuosos
á los conquistadores.
Mas, ¡ ay! los poderosos
caballos espantables,
el férreo peto y el movable escudo
son muros formidables
contra el pecho desnudo
del luchador indiano.

En vano lucha Sorocaima, en vano
le secundan sus bravos compañeros :
de los patrios guerreros
las hachas rudas contra el hierro chocan,
y en mil pedazos rotas se deshacen ;
las índicas falanjes se rehacen
y se derrumban cuando apenas tocan
el escuadrón de hierros erizado;
y al ver cómo ha segado
tan nobles vidas la extranjería lanza,
Sorocaima, cual tigre enfurecido
contra el jefe invasor rabioso avanza;
y en la lucha que empeña
cuerpo á cuerpo y tenaz, vacila herido
cayendo al pie de la enemiga enseña.

Huyen los indios en tropel medroso,
como aves que temblando alzan el vuelo,
cuando al golpe del rayo fragoroso
cae la alta encima estremeciendo el suelo.

Con su postrera luz la luna baña
la selva y la llanura;
después, de la montaña
el risco argenta y detrás dél se oculta

Y la sombra sepulta
bajo inmensas arcadas pavorosas
monte y selva y llanuras silenciosas.

II

AURORA

En el bosque y el llano, lentamente
flota la niebla opaca y se condensa ;
al soplo de las auras suavemente
ondula como un manto
en la extensión inmensa ;
después sube, y en tanto
que asciende, blanca, tenue y vaporosa
se va partiendo en franjas, y la cumbre
cife con nívea cinta majestuosa ;
y al recogerse el nebuloso velo,
con los trémulos besos de alba lumbre
se deshojan las rosas de la aurora
en el azul clarísimo del cielo.

Lanza todas sus flechas de oro el día;
se despierta la selva y con sonora,
extraña sinfonía,
que forman las canoras avecillas
despertando en los nidos,
las fuentes refrescando sus orillas,
los primeros rugidos
de la bestia salvaje
que deja su guarida,
y la brisa perdida
entre el verde follaje,
saluda alegremente
el áurea fulgecer del sol naciente.

De pie sobre un collado
esbelta, inmóvil, sueltos los cabellos
sobre el desnudo pecho sonrosado
donde se mueven dos botones bellos
que la aurora purpura,
Laima los ojos fija en la llanura,
contemplando á lo lejos,
entre vivos reflejos
del sol que inunda el campo castellano,
á Sorocaima preso.

Laima por ver mejor la frente inclina
abre los brazos apartando el peso
de los negros cabellos ondulantes,
y la extensión domina
con ojos fulgurantes.

Parece, al esplendor que la ilumina,
un águila de oro contemplando
al aguilucho que aletea herido
en las espigas del zarzal prendido.

Llegan ya, las alturas coronando,
de Conopoima el teque las legiones
que vienen, por las súplicas de Laima,
á libertar al bravo Sorocaima.

La india enseña, airada, los bridones
que rigen los hispanos
formando férreo cuadro fulgurante,
donde, atadas las manos,
trémulo y vacilante
al dolor de la herida
va Sorocaima con la frente erguida.

EL HEROE

Garcí-González mira
como van las indianas muchedumbres
llenando las laderas y las cumbres;
y al temor que le inspira
el numeroso ejército contrario
que mandó Guaicaipuro el invencible,
antes que osar el lance temerario
quiere la paz, ó si los teques fieros



EL PASO DEL VADO. — Cuadro de A. Gaudefroy

rehusan, arredrarlos con terrible castigo de los indios prisioneros.

« Que escoltado por dos de las mejores lanzas que mando, Sorocaima llegue al pie de los alcoves y á Conopoima diga que se entregue, homenaje rindiendo á mi bandera, y la paz tengan él y sus vasallos.

Mas si rehusa, sepa que te espera con los otros la muerte, Sorocaima; arrastrados serán por mis caballos.

Dice; y el indio que sonríe á Laima tan dulcemente, y de la gloria al beso, siente que el patrio amor es de su alma el único embeleso, ahora, en noble calma, arrogante y altivo, á la amenaza fiera sonríe despreciativo; y dando la señal de la partida se encamina escoltado á la ladera donde se ve extendida de Conopoima la avanzada hilera.

Llega y alza la voz ¡oh gloria pura de la ya extinta raza valerosa, con tu hazafia gloriosa tu nombre vivirá en la edad futura ! No habla de paz quien por la patria siente excelso amor, ni p vido se humilla el corazón valiente que en cien combates desafi  la muerte ! « Guerreros, dice Sorocaima, brilla

con esta aurora un día de victoria para los teques inclitos; mi suerte más no os importe que la patria gloria; apretad la batalla diligentes; la victoria os auguro si luch is como dignos descendientes del Inca Guaicaipuro ».

Glorioso viva acoge sus palabras; descenden por las abras de los montes los  ndicos guerreros; arrebatada la escolta á Sorocaima; y lanzan los arqueros de la avanzada las primeras flechas.

Entre el marcial rumor lamenta Laima con suspiros y frases como endechas el rigor de la suerte que lanza al h eroe en brazos de la muerte.

—
INMORTAL
—

« Rabioso tigre indiano, vas á probar si tu coraje humilla al león de Castilla. Cortad, pronto, la mano que alzara convocando á la pelea, y vuelva sin tardanza á ver si agujijonea en su gente el valor y la esperanza ».

Dice Garcí-González; y tranquilo, sereno, impasible,

el brazo extiende Sorocaima al filo de la espada, que baja, con terrible golpe tronchando la gloriosa mano.

Ni un suspiro siquiera, dejó escapar aquel heroico indiano; y altivo y arrogante entre la escolta marcha á la ladera donde se vuelve á oír su voz vibrante:

« Guerreros, este brazo mutilado aun alzo á despertar vuestro denudado; que no os infunda miedo el castigo; jurad, como he jurado, ante la luz del cielo, morir luchando por el patrio suelo ».

Se estremecen las  ndicas legiones; de miedo, acaso; de dolor, de ira ? ¡ van á alcanzar, furiosas, los bridones, que veloz se retira la escolta conduciendo á Sorocaima ?

Conopoima indeciso aun no día la señal de la batalla; y con ira y dolor le habla Laima: ¡ Por qué andas, Inca, en el deber remisivo ? ¡ en tu pecho no estalla de ira el corazón ? ¡ Venga á tu hermano ! ¡ Vas á rendirte al fiero castellano ?

El Inca no responde; y silenciosos también están los teques valerosos.

TRIUNFAL

Garci-González, pálido de ira
á Sorocaima fijamente mira.
¿ Con ímpetu de saña,
oh león de Castilla
vas á lanzarte sobre el tigre indiano?
Mas ¡qué dices! « Soldados, por España,
que nos dió con la vida la hidalguía,
honrad á ese valiente
que sabría morir gloriosamente
como los héroes de la patria mía!
Que á saludarlo vibre
el clarín con sus himnos triunfales:
Sorocaima, eres libre ».

A las notas marciales
con vítores gloriosos
responden los hidalgos castellanos,
mientras besan galanos
los céfiros del bosque rumorosos
el pendón de Castilla
que á la luz zenital radiante brilla.

Sorocaima saluda reverente
al hidalgo español, después inclina
ante el pendón real la altiva frente,
y recogiendo la cortada mano,
pausado se encamina
hacia el real indiano.

ALMA HERIDA

Cuando sube la cuesta de un collado
con lento paso el héroe mutilado,
cruza la senda un teque mensajero.
¿ Llevas la dicha con tan rauda paso?
pregunta el héroe ¿ ó al hispano, acaso
llevas de tu señor reto altanero?
—La paz de Conopoima y de su gente—
responde el mensajero;
y pasa, como pasa la serpiente
silbando en la maleza,
junto al león que la desprecia y fiero
camina irguiendo la real cabeza.

Más que el dolor de la crúel herida,
el ánima abatida
lleva el héroe doliente
por el perdido culto
del patrio amor entre su altiva gente.
¡ Ah, nada fuera, mutilado, inulto
errar solo en las selvas seculares;
mas, ¡ ay! antes morir que ver ardiendo
los índicos hogares,
y á la tierra nativa
entre las garras del león gimiendo
como una cierva trémula, cautiva!

CONOPOIMA

Contempla á Conopoima frente á frente
Sorocaima; en sus negros ojos arde
la llama de su cólera terrible,
y su palabra, como flecha hiriente
en el pecho cobarde
de Conopoima clava:

« Inca, toma tu aljaba,
y las ociosas flechas suelta al viento;
depón el hacha y la ya inútil lanza;
y al español que rápido te alcanza,
ablanda, vil, con mujeril lamento,
doblando la cerviz y arrodillado.

Conopoima, este brazo mutilado,
en esta triste tarde
levanté convocando á la pelea;
y te rendiste sin luchar, cobarde;
pues esta misma mano,
que tronchó el castellano,
tu rostro de traidor abofetea ».

Dice; y la mano ensangrentada lanza
á Conopoima, que á tomar venganza
del infamante ultraje,

con ímpetu salvaje
salta esgrimiendo el hacha ponderosa;
mas los jefes ancianos
extendiendo las manos

á Sorocaima escudan. Majestuosa
vibra entonces la dulce voz de Laima:

« Inca: respeta al héroe mutilado.
Teques: alzad los arcos vibradores,
y que pase el valiente Sorocaima
bajo el arco triunfal que ha consagrado
la patria á sus heroicos defensores ».

Trémulos de emoción, solemnemente
se desplegan en alas los guerreros;
y pasa Sorocaima lentamente,
bajo el arco triunfal de los arqueros.

ÚLTIMA SENDA

Por la umbrosa avenida
de ceibos y javillos corpulentos,
que enlazan sus follajes opulentos,
formando esbelta cúpula perdida
en el inmenso templo de la selva,
lleva el noble guerrero Sorocaima
sus pasos vacilantes,
con las fuerzas que fiel le presta Laima.

Caminan los amantes
hacia el bucare de sangrientas flores
que vio nacer sus cándidos amores.

III

OCASO

De los prados y las lomas,
donde va á morir el día,
vienen raudas las palomas
á recogerse en la umbría.

Las parejas amorosas,
revolando entre los ramos,
se reúnen temerosas
con dulcísimos reclamos.

Mientras al pie del florido
bucare la triste Laima,
con acento dolorido
habla quedo á Sorocaima:

--Sorocaima, tu frente arde;
¡ tal vez mi aliento la abrasa,
y la brisa de la tarde
no la enfría cuando pasa!

¿ Por qué tan lánguidamente
la cabeza has inclinado,
y suspirando doliente
los ojos has entornado?

¿ Por qué prefieres el lecho
de esta hierba humedecida,
cuando te brinda mi pecho
todo el calor de mi vida?

—Laima, trémula paloma,
que me llamas dulcemente
¿ no ves que la muerte asoma
su palidez en mi frente?

Ni tus besos, ni el acento
de tu voz, Laima querida,
me alzarán del desaliento
que está acabando mi vida;

ni da calor á mi alma
todo el fuego de tu pecho,
que ya la muerte, sin calma
me apresta su frío lecho...

Sostén mi frente en tus manos.
¡ oh magníficas visiones!
¿ Ves vencidos los hispanos
por las índicas legiones?

¿ Ves los escuadrones rotos,
y cómo los siguen fieros
los audaces meregotas
y los mariches arqueros?

y quiriquires y tarmas,
con gallardo continente
avanzan, juntan sus armas,
y pasan como un torrente.

¿ Cómo siguen numerosos,
con los arbacos tenaces,
esos caracas gloriosos
que jamás hicieron paces!

Se fueron ya... ¿ No ves Laima
desierto el campo y oscuro?
sólo queda Terepaima
coronando á Guaicapuro!

¡ Oh Héroe! y tú Terepaima,
salvad la patria bendita...
ya la negra sombra Laima
sobre mí se precipita...

—Sorocaima ¿ por qué callas?
aunque me quiten la vida
tus delirantes batallas
que oiga yo tu voz querida!

Tu cuerpo amado está yerto,
y tu frente blanca y fría...
nó, nó, dime que no has muerto
¡ oh señor del alma mía!

Con las violetas azules
de la selva, extiende Laima
manto de zafireos tules
sobre el noble Sorocaima.

Con plañideros rumores
el bucare agita el viento,
y al caer las rojas flores
tíñese el suelo sangriento.

Tras la cumbre del sol se oculta,
y al héroe, que en la esmeralda
del césped duerme, sepulta
bajo un mar de ardiente gualda.

Y gualda, azul y encarnada
un solo iris fulgura,
¿ Es el símbolo sagrado
de la gran patria futura?

J. B. CALCAÑO SANCHEZ.

DE VUELTA

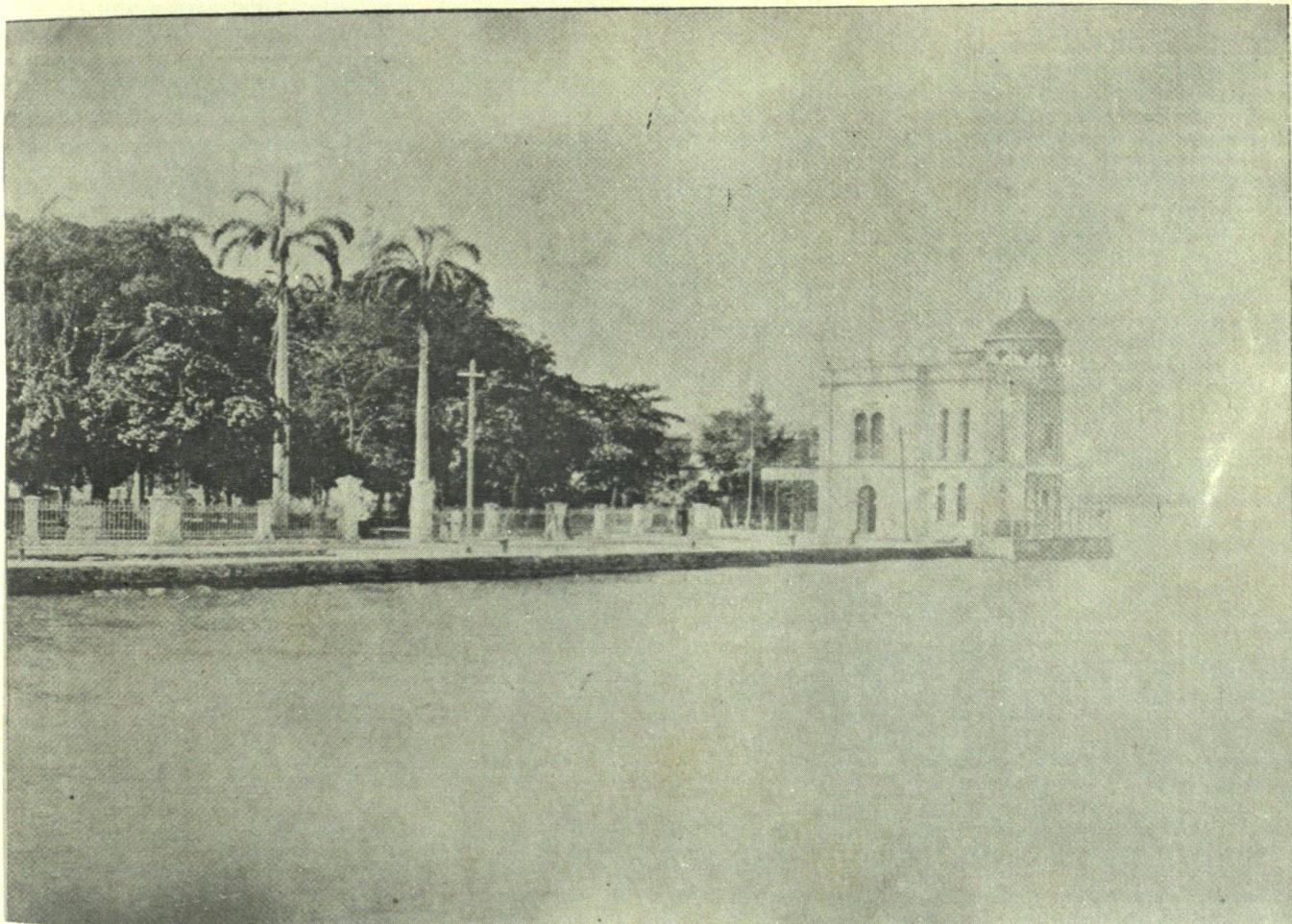
DEL LIBRO « DAMIANA »

—Sali al alba, dueño mío,
y llegué, marcha que marcha
entre cristales de escarcha,
hasta la margen del río.
Vengo chinita de frío!

De la escarcha entre el aliño,
era el dormido caudal
como un sueño de cristal
en un edredón de armiño!
(Emblema de mi cariño).

Alegre estaba, señor,
junto á la margen del río,
alegre en medio del frío:
Es que me daba calor
dentro del alma tu amor.

Te vi al tornar, mi regreso
esperando en la ventana
y echó á correr tu Damiana
por darte más pronto un beso!
—¿ Por eso? — No más por eso!



PUERTO CABELLO: Alameda y Hotel de los Baños. — Fotografía de AVIL

CARTAS

A LA PRINCESA RATTAZZI (*)

El llamaba á la princesa Rodope, y así mismo se bautizaba, con modesta naturalidad, Esquilo.

R. D.

HAUTEVILLE-HOUSE,

13 de noviembre.

SE ERÍAIS, señora, bastante buena para decirme si la LEYENDA DE LOS SIGLOS, que habéis recibido, es la que os he enviado, pues el honrado correo imperial juzga á propósito interceptar la mayor parte de mis envíos?

Algunos diarios que por ello se han quejado, en el extranjero, tal vez han llegado á vos. En todo caso, quizá os lleve el libro yo mismo, si Italia de aquí á entonces está ya libre como lo espero. Permittedme, que esperando el gran artículo prometido por vos al público, os agradezca las veinte líneas encantadoras que habéis escrito sobre la LEYENDA DE LOS SIGLOS. Y concededme, señora, la gracia de besar vuestra mano, toda radiante de poesía. Pongo á vuestros pies todos los homenajes de mi alma y de mi espíritu.

Querida y sublime Rodope: un pensamiento

al despertarme, un pensamiento de recogimiento y de adoración, al leer estas páginas tan tristes, tan melancólicas y tan dulces; dejadme en este ensueño, depositar un beso sobre vuestro pie desnudo, pues, como dice Hesiodo, EL PIE DESNUDO ES CELESTE. Si mi audacia os enoja, castigad mi carta quemándola.

17 de julio.

No me pidáis ni verso ni prosa; pedidme, señora, que me conmueva hasta el fondo del alma por una carta como la que recibo; pedidme que os admire, que os aplauda, que os contemple—de muy lejos ¡ay!—Pedidme que comprenda que una mujer como vos es una obra maestra de Dios. Los poetas no hacen sino Iliadas; sólo Dios hace mujeres como vos; es así como se demuestra. Todo lo que me decís me conmueve. No puedo pensar sin un pesar melancólico, y casi amargo, en el lugar casi radiante en que me habéis colocado en vuestra imaginación. Es la gloria, señora, semejante lugar; ¡y ello hubiera podido ser mejor que la gloria!..... Dejadme que me incline ante vuestra soberanía de gracia, de belleza y de espíritu, y permitid que á la distancia, y sin intentar franquear toda esta mar y toda esta tierra que nos separan, y quedando en mi sombra, y replegándome en ella aun más profundamente y más resueltamente, me ponga en pensamiento al menos, á vuestros pies, señora.

HAUTEVILLE-HOUSE,

1^o de julio.

Vuestro encantador envió me llega, señora, en

medio de una nube de cartas políticas (algunas muy sombrías), como una estrella en un torbellino. No sabría deciros con qué emoción he visto ese deslumbrador retrato, que se parece á vuestro espíritu al mismo tiempo que á vuestro rostro, y la graciosa firma que lo subraya: buscad otra palabra que dé las gracias: JE VOUS REMERCIE no es suficiente.

2 de enero de 1883.

El sombrío Esquilo da las gracias á la deslumbradora y divina Rodope. Las tinieblas están MÁS QUE NUNCA enamoradas de la estrella. Vuestros pensamientos y vuestras cartas son perlas, de esas perlas ardientes de que habla el Korán. Sería preciso tener todo lo que vos tenéis, la dignidad mezclada á la pasión, la gracia exquisita y el deslumbrante espíritu; sería preciso ser vos misma, para que un hombre en el mundo pudiera creerse digno de vos. Me parece que si estuviese cerca de vos, en vez de estar tan lejos, os tomaría algo de vuestra alma, os robaría, como Prometeo á los dioses, esa llama celeste que está en vos. Pero estáis en Roma ¡ay! Dejadme en este ensueño hablaros y evocaros..... ¡oh señora! Quien dice grandeza dice franqueza y vos sois franca porque sois grande. Desde hace doce días espero el COUP D'ÉTAT; espiaba y aguardaba..... Hay que partir ahora. Héme aquí de nuevo en el torbellino, en el vaivén, en el movimiento continuo. Escribidme. Escribidme. Esquilo envía á Rodope toda su alma, todos sus ensueños.

VÍCTOR HUGO,

[*] Sobrina de Napoleón III y escritora de mucho talento y de gran belleza, de quien estuvo enamorado Víctor Hugo.

EFEBO

EU cuello surge del seno como una torre de marfil—¡oh Efebo!; los bucles oscuros de tus cabellos,—flotan sobre tu palidez, líquidos y más azules—que la noche de ojos de oro con su traje de seda. Entre las vestiduras negras, tus flancos puros y nerviosos,—de los mármoles consagrados eternizan la gloria,—y tu boca sangrienta es la tibia píxide—en donde revive el perfume de las cremas fabulosas. Empero, tu lindo cuerpo de líneas rítmicas—no calmará nunca el amor de las prometidas;—tus grandes ojos, semejantes á gotas de mar,—no bajarán nunca de sus cielos poéticos—en los cuales sueñan, fraternalmente, los efebos antiguos—con Narciso, gran corazón que murió de amarse.

LAURENT TAILHADE.

TARCISIUS

(ESCULTURA DE FALGUIÈRE.—*Musco de Luxemburgo*)

OH noble fe! Oh alta poesía! Oh puro ideal! Morir así como el joven mártir, lapidado el cuerpo y gozosa el alma! Apretar sobre el corazón la hostia santa mientras se cae al golpe impío! Ser el poeta, que al rom-

perse, exhala su divino verso de piedad y de amor!

El Cristiano, bello y radiante, coronado con el ortó de la juventud, marcha sobre su ensueño llevando el blanco pan de las eucaristías..... Hijo de Jesús, flor de Galilea, destello de la promisión, en tu sonrisa vibran las delicias del beso materno, en tu alma vuelan alas seráficas entre acordes de aleluya, y flotan ante tus ojos pedazos de cielo tachonados de miriadas de virgenes!.....

La turba grita, aúlla. Es la Bestia que trae todos los odios, todas las venganzas, todas las garras y todas las hambres del pasado. Te acecha, te ve, te sigue, se encoloriza, se enrojece y espumea su delito..... y tú marchas sobre tu senda de naranjos y de alondras, adorable immaculado!

Por fin, la piedra brutal silba en los aires, te hiere y te derriba!..... Entonces eres más bello! El dolor te completa, no el dolor que blasfema, no el que cede, no el que implora; el dolor que transforma la queja en dulce estrofa de amantísimo perdón, el que afianza el ideal con los últimos nerviosos esfuerzos de la fe, el que haciendo diáfana la carne vencida deja ver los esplendores del alma invicta; el que conserva en la muerte puras las manos heroicas, tersa la frente soñadora, claros los ojos sonrientes y frescos de besos y de poesías los labios castos!

Mártir! Corona del castigo universal sobre la cabeza de un inocente: sangre que para saciar la sed de la conciencia hacen brotar del corazón del justo los picos bravos de los buitres y las lanzas implacables de los fariseos; lágrima que rueda eternamente brillando sobre la cumbre de los siglos como faro y como estrella; anhelante imploración al cielo, de los brazos que se abren sobre la locura y la maldad; palabra de virtud que al caer de la cruz como perdón, se eleva sobre la cruz como esperanza!

¡Oh Tarcisius, pobrecito mártir, pobrecito poeta!

JESUS URUETA.

LA ZONA TORRIDA

LO QUE NO DIJO BELLO

CANTO 48

EL ARRENDAJO

Abunda, de la América latina
En los bosques extensos,
O de sus verdes cerros en los densos
Follajes del samán, ó de la encina,
Un pájaro admirable....
A menos que loable
Y digno de respeto—y muy profundo—
Sólo sea ese pájaro que nace
En trono ó en chinchorro, donde yace
El mismo mono de su abuelo oriundo.
El pájaro en cuestión es descendiente,
O lejano pariente,
De familia *turicha*, antigua rama
De algún mono-turpial, según es fama.
Su nombre nacional es *arrendajo*.
Es negro de azabache por encima,
Y casi al amarillo se aproxima
Del parlero canario, por debajo.
Con su serio semblante sin alegre
Y su pico amarillo,
Parece un alemán con sayo negro,
O un negro de manguillo.
Dos azules espejos
Son sus ojos serenos, al estilo
Del mar claro y tranquilo,
O de cerros mirados desde lejos.
Si no es un Aristarco lisonjero
O Eróstrato que incendia por la gana
De eruirse á costa de la pobre Diana,
Es un Zoilo de Homero.
Filólogo y filósofo profundo,
Es á ratos Heráclito llorando
O Demócrito, á veces, que burlando
Se ríe de las cosas de este mundo.
Según en mis noticias averiguo,
Ningún sastrero escritor, gañán poeta,
Barbero ó *erudito á la violeta*,
En el presente ó en el tiempo antiguo,
Ni en todo el universo
Se han tomado el trabajo
De escribir un poema en prosa ó verso
Hablando del magnífico arrendajo.
El mundo, de sus artes nada ha oído,
Ni académicos doctos han sabido
Si el arrendajo sabe
Lo que dice en su ciencia,
O si algo de este mundo en su conciencia
De arrendajo le cabe.
No es mi intención, por tanto,
Decir á punto fijo en este canto
Si de serio ó de burla ríe ó llora.
Ni Toussenet, ni Michelet, ni muchos
Que en la ciencia de bestias son tan duchos
Lo saben hasta ahora.
¿Quién puede averiguar si en sus arengas
Ó pláticas realengas,
De veras ó de chanzas ó de serio
Habla con certidumbre,
O por mala costumbre
Del hombre en reprimenda ó vituperio?
Acaso de los otros animales
Explica los políticos ideales.
Sea en fin lo que fuere
De este pájaro insigne el sentimiento,
El instinto ó talento
Para dar la expresión de lo que quiere,
Le gusta ó desagrada, por mi parte
Sólo intento tratar de la arrogancia
En su modo de ser, y la abundancia
En la ciencia y el arte.

El artista dramático arrendajo
Imita exactamente y sin trabajo
Cuanto en sonido ó expresión existe:
El bramido del toro cuando embiste,
El formón que taladra,
El grito escalonado de la cabra,
O la doliente tórtola en su queja,
El largo melancólico balido
De la inocente oveja
Que llora por la ausencia del marido.
¿Quién sabe si en su canto,
Al hombre, superior en la memoria,
Imita, comentando antigua historia,
De Jeremías y de Niobe el llanto?

.....
El plagiaro eminente
Nos prueba que el lenguaje,
No obstante la humanada diferencia,
Es el regalo, el privilegio, el gaje
Sublime que la eterna Providencia
Al hombre y á la bestia ha concedido:
Lenguaje enaltecido,
Entre animales, por el ágil coro
Cuyo rey académico y maestro
Es ese Cicerón, romano loro,
Demóstenes rival, griego y tan diestro.
Mas, por la variedad en el trabajo
Prefiero—lo confieso—al arrendajo.
Es en verdad un ave
Rival del loro en su profunda ciencia.
Airoso y elegante de presencia
Es raras veces de carácter suave.
Con frecuencia es terrible,
Porque al hambre ó maltrato es tan sensible
Que es caso muy frecuente
Que muera de furor y de repente
Aunque el hambre ó maltrato
Hayan durado un pasajero rato.
Ronca es su voz cuando remeda el trueno
Y el eco que zumbando se dilata
Distante en la nocturna serenata
Cadente en el aviso del sereno.
Es gráfico en los golpes y sonidos
Del hacha, pico, pala, piedra ó canto
Que caiga en sus oídos.
Y así, de risa, batahola ó llanto
No es falsa imitación con voz humana
Sino el claro, sonoro y argentino
Estruendo de metálica campana
Que oímos ronco ó fino.
Cual Coquelin traduce
Del corazón ó pensamiento humano
Las íntimas pasiones y produce
Al alma compunción, ardor profano,
Impresiones sagradas
O risa de placer ó carcajadas.
Imita ad pedem literæ, potente,
De la naturaleza á la manera
El grito de vivientes animales
Que son hijos de Dios—y naturales—
Ó el comando imponente
Del ignorante rey ó sabia fiera,
Y, cosas en familias nada extrañas,
Que de su abuelo, el arrendajo mono
Herede las graciosas malas mañas,
Conducta, condiciones, vida y tono.
No lo hizo Iriarte—Don Tomás—artista.
Ni por casualidad hace concierto
De borrico flautista
Que de su propio acierto
Preludios ejecuta en suave flauta
Con la debida pauta
Del comienzo al remate.
Rivaliza á la Fama en los clarines
Y en bajos violoncellos y violines
Es un Brindis de Sala, un Zarzate.
En la clásica música es tan diestro
Que un Verdi, un Donizetti, un Paganini,
Perico el de palotes ó Rossini
No le igualen en estro.
El loro, la cotorra y paraulata
—Del ruisenor pariente—



TALLER DE BORDADOS. Cuadro de Mil. E. Herland

Excepto en Rigoletto y la Traviatta
 Le pueden igualar únicamente.
 En el arte sublime de Talía
 Ni la musa en persona es tan segura,
 Qué digo, ni siquiera á la cintura
 Le llega en la armonía.

Acalla el retumbar de las trompetas,
 No digo tamborones y cornetas.
 Tal es la fuerza y pompa
 De su arte extraordinario
 Que acalla el esquilon del campanario
 Y el ronco suon de la tartárea trompa.
 Puede imitar si quiere
 Con su burlona risa
 La voz del cura cuando canta misa,
 O con nariz fañosa el miserere,
 El trueno del cañón venezolano
 Que anuncia sus progresos y muy ciertos
 Cuando en sangriento llano
 Quedan seiscientos muertos.

En su pico se escucha del caballo,
 —Ya sea el Rocinante de un Quijote—
 El bélico relincho, el paso, el trote,
 Y del valiente gallo
 El rastro de la rueda cuando inclina
 Su espuela á Dulcinea—la gallina—
 O en galante retozo
 A cualquiera gallina del Tobozo.
 Del encrespado resonante río
 Te expresa con estruendo la creciente
 Que de peña en peñón viene rodando,

El rancho, el caserío
 Llevándose en su rápida corriente
 Los campos y praderas inundando.
 Cuando le dá la gana
 —Porque á veces le falta—el arrendajo
 Es un vivo modelo del badajo
 Dando golpes de pecho á la campana.
 Hace propio en verdad lo que es ajeno
 Y publica la copia
 Al público ilustrado como propia
 Porque cambia en mejor lo que era bueno.

Oh! ¡qué actor tan sublime!
 Qué cómico! ¡qué artista extraordinario!
 Cuánta verdad á la mentira imprime!
 Ciertamente es plagiarío,
 Pero el robo redime
 Con tanta habilidad de ese pecado
 Que el público ilustrado,
 Del poeta al recorte
 Le da por ignorante, el pasaporte.

Tal es el arrendajo; aunque sospecho
 No haberlo retratado exactamente.
 Lector, es mi derecho
 Pedir á aquel que sabe
 (Pues con solo saber todo le sobra)
 Que de misericordia haga la obra
 De corregirme y lo que falta, acabe.

JOSÉ NUÑEZ DE CÁCERES.



POSTALES

LUISA AMELIA CAPDEVIELA

Trigueña, como casta sulamita,
 Que sueñas con purísimos aromas,
 Tú vives con el ansia que medita
 En la virgen blancura de la ermita
 Donde arrullan simbólicas palomas.

ISABEL CALCAÑO

Cuando tu sedosa mano
 En el armónico piano
 Rima tus sueños de rosa,
 Reina entonces tu pureza,
 Y se nimba tu belleza
 Con halo de luz radiosa.

MARÍA CONCEPCIÓN SISCO

Ya te besa la riente primavera
 Con sus besos de luz sobre tus ojos;
 Y luces, con tus gracias de hechicera,
 El oro de la densa cabellera
 Y la amapola de tus labios rojos.

RAMÓN L. SANTELLI

NOTAS

LOS ESTRENOS LITERARIOS

(Versión particular para "El Cojo Ilustrado")

Traigo á estas páginas algunas de mis impresiones, con motivo del último concurso de *Los Anales*.

Indudablemente que este concurso le ha vuelto los sesos agua á mucha gente. Y con razón. Un premio obtenido por el poema que aclame el inmenso público de *La Revista*, es la gloria!

Sí, la gloria soñada por algunos poetas; la que al fin alcanzan con excesivos empeños y trabajos, pero también, á la que otros pretenden llegar como de un salto y sin esfuerzo; así, ni más ni menos, que como si la tuvieran comprada, y muy segura y cierta. Estos tales, de nada se preocupan. Es el punto objetivo lograr su deseo y lograrlo pronto, muy pronto, y por sobre todo, y cueste lo que cueste. Desde luego,—y demás es decir,—que para llegar á ese extremo, no omiten medios, ni economizan sacrificios. Entre estos medios diferentes de que disponen, está el muy socorrido de las cartas; y de éstas he recibido varias, que todas, en sustancia, son del tenor siguiente:

«He leído vuestros libros, etc. Sé que sois miembro del Jurado, y yo me consideraría muy feliz, si contara con vuestro apoyo. Una palabra de las que con tanta generosidad sabéis emplear etc.»

O bien así:

«No soy vanidoso ni busco notoriedad. Poco, á la verdad, me importa que mi nombre figure en letra de molde, ó no figure; pero soy pobre, y como los premios de este concurso son en dinero de contado etc.»

O aún, de esta forma:

«Os envío mi libro: leedlo! Yo me siento entusiasmado y soy capaz de hacer mucho; pero bien me sé que hoy, sin estímulo, nadie llega á la deseada meta. Seríais excesivamente amable si etc.»

Pues bien, señores, os engañásteis; y porque seguro estaba yo que estábais equivocados, he roto vuestras cartas sin el más pequeño remordimiento en mi conciencia.

Probidad, modestia, paciencia, son éstas, dígame lo que se quiera, las cualidades que son hoy,—como siempre lo han sido,—precisas para coronar las obras del talento, para lograr, en este género de trabajo, el éxito; y todos los que elijan senderos contrarios á éstos, están fatalmente destinados á desaparecer, ó cuando menos, á caer en desesperación y frecuentes disgustos.

De estas cosas sé yo mucho, y conozco el ciento y la madre. Para no hacerme fastidioso, me conformaré con señalar un solo ejemplo y un caso como otro cualquiera y al efecto, allá vá.

Una tarde vimos llegar á la imprenta del *Gil Blas*, un hombrecito vestido con un *paletot* amarillo, que preguntó con excesiva timidez, al portero, si el señor Mauricio Talmeyr estaba en la redacción.

—¿Para qué lo buscáis?

—Para darle este artículo importante.

El individuo sabía de antemano que no se debía hablar de literatura en los pasadizos de aquella casa, porque eso no era ni bien recibido ni elegante.

Pero, el «artículo importante» hizo su efecto. El portero fué á buscar al señor

Talmeyr. Hacía tiempo, y mucho, que nuestro hombrecito conocía y admiraba al señor Talmeyr.

Después de mil precauciones; después de mil rodeos, preguntó..... si le sería posible..... colaborar..... en el *Gil Blas*.

—Escribid un cuento, díjole Talmeyr, y traédmelo. Después veremos.

El hombrecito susodicho gastó toda su noche escribiendo el cuento; y cuando terminó, ya era tiempo, porque tenía que ir á trabajar á otra parte. Y en efecto, fuese al Ministerio del Tesoro, donde era empleado supernumerario, y allí, reclinado sobre la mesa, recuperó algo del perdido sueño. En la tarde, como á las cinco, se le presentó á Talmeyr, tal como antes, con la única diferencia que estaba mucho más pálido que el día anterior.

—Maló, dijo Talmeyr, después de haber leído el manuscrito.

Con cuatro palabras más claras que el agua de la fuente, demolió todo el trabajo. Mas, en seguida, agregó:

—No se debe desesperar jamás, amigo mío: traedme otra cosa.

El día siguiente, después de toda una noche de vigilia y trabajo, otro cuento:

—Execrable, dijo Talmeyr. Vamos á hacer otra cosa.

Quedóse absorto nuestro individuo al ver su empeño y trabajo por el suelo; pero al regresar á Vincennes, donde él vivía, reconoció que todo cuanto se le había dicho, era justo.

«¡Vamos á otra cosa!» «¡Vamos á otra cosa!»

Esta frase la oyó nuestro hombre más de veinticinco ó treinta veces; y veinticinco ó treinta veces, sin cansarse durante la noche, volvía á la mesa de escribir. Talmeyr, por su parte, tampoco se cansaba; y es él á quien debemos admirar, porque si el escritor ganaba con estas lecciones cotidianas y severas, Talmeyr, al contrario, no hacía más que perder paciencia y tiempo.

Por fin, á la lectura concluida del vigésimo nono ó trigésimo cuento, (en verdad que no puedo decir precisamente el número), Talmeyr golpeó con agrado al hombro de nuestro individuo, y con voz acompañada, díjole:

—No es ni con mucho una obra maestra vuestra Novela; pero en fin, y como quiera que sea, voy á dársela á un administrador del *Gil Blas*.

¡Qué gozo tan grande para aquel infeliz hombre! ¡Júzguese de su alegría, cuando no había dormido tres noches en treinta días consecutivos!

—¿Cuándo puedo volver, señor?

—¡Cómo! Si es ahora, sobre todo, cuando es necesario venir! Porque redactor, hacer bien un cuento, eso, que más que menos es cómodo; pero, hacerlo pasar..... Ah! hacerlo pasar; mejor habría querido no habérselo prometido. Venid mañana en la tarde.

Al siguiente día, al salir del Ministerio, se encaminó nuestro individuo á los salones del periódico.

Para aquel tiempo tenía el *Gil Blas* su redacción en el *boulevard des Capucines*, número 1. Talmeyr conversaba en la acera, con un hombre gordo, de perilla de general. Este señor era uno de los tres administradores del periódico.

—Mi amigo, dijo el señor Lacaze; han leído vuestro artículo ó novela, y pasaréis en uno de los próximos números. Sesenta

francos por cada cuento. Volved mañana, si no os es difícil ó molesto.

¡En un número próximo!..... ¡Cada cuento!..... ¡Sesenta francos!..... Con una palabra más que le hubieran agregado á nuestro candidato en ciernes, y habría vuelto á Vincennes sin el juicio en su puésto.

Pero, veamos ahora el reverso de la medalla:

Como estaba convenido, al día siguiente subía el «nuevo colaborador» las escaleras del *Gil Blas*, cuando un portero,—el mismo de marras,—le interceptó el paso:

—¿Qué deseáis, le interrogó?

—Tengo una Novela aceptada, y vengo á saber.....

—Pero no se puede entrar en la redacción. Esperad..... aquí, que voy á llamar al Secretario.

El «colaborador» se recostó á la pared del pasillo, sospechando que su *paletot* amarillo, y la gruesa suela de sus zapatos ordinarios, habían disgustado al conserje.

Al cabo de dos largas horas, un hombre que llevaba puesto un monóculo y revolvió un pitillo, haciendo movimientos y gestos bizarros, atravesó el corredor.

—¿Qué queríais, preguntó?

—He escrito un cuento que debe salir próximamente.....

El del monóculo interrumpió:

—Sois vos el señor X?

—Sí.

—Volved por acá, mañana.

De ese monóculo de mirada escéptica, y de ese cigarrillo de humazos insolentes, se acordará nuestro hombrecito mientras viva.

Así, durante ocho meses, oídme y comprendedme, compañeros que todo lo creéis perdido si no se publican en el momento vuestras crónicas y poemas; durante ocho meses desde las cinco hasta las ocho, todas las tardes, repito, en esos ocho meses, nuestro individuo, de pie en el corredor, reclinado contra una pared que daba frente á bienaventurada puertecita de la redacción, mirado de reojo por los porteros que sólo rendían culto á las personas bien vestidas, y magullado por todos los que bajaban y subían, allí, pacientemente, pero con una paciencia que alcanzó los timbres de lo heroico, allí esperó el «colaborador» el momento en que el secretario, quiso en fin, dar la orden de componer, ó sea, imprimir sus «originales.»

Durante estas dos, estas tres horas de estar esperando, él reparaba de cuando en cuando á Guérin, á aquel Guérin que parecía fuera de hielo, que conversaba en medio de un grupo de redactores. Sí; lo veía muy claro, allí estaba; pero, ¿cómo forzar la terrible consigna de la puerta? Algunas veces, si bien muy contadas y especiales, el impasible fumador, ojo de vidrio, se mostraba rápidamente por el corredor. Pero en este momento, nuestro sujeto lo detenía al paso, y algo le inquiría. ¡En vano todo! Siempre entre las entornadas hojas de la puerta; entre lanzar una bocanada de humo y desaparecer, dejaba oír la misma desconsoladora frase:

—Tenemos muchos originales en cartera. No se puede todavía. Volved.

Al fin y á la postre, y á las mil y quinientas, la Novela apareció. No hay para qué decir, que ni vista con vidrio de au-

mento podía aceptarse como una maravilla, y desde luego, nadie le prestó atención.

Mas, no importa. Dos días después de lo dicho, los porteros tuvieron una oportunidad para reírse á costa de nuestro hombre: habíase mandado á hacer, y lo andaba luciendo, un completo y muy bonito *fluz* de última moda.

Bien comprenderéis que durante estos ocho meses de humillaciones, de esperanzas, de desesperaciones y dudas, él no había dejado de trabajar. Inmediatamente dió otro romance, que también fue aceptado.

—¿Cuándo pasará?, dijo.

El del monóculo lo vió con una mirada de frialdad de nieve:

—Imposible deciros..... Volved.

Y al siguiente día volvimos á lo mismo de antes. Desde el rincónito donde se reclusa, el « colaborador » miró desfilar ante sí durante cinco meses y sin poder seguirlos á la redacción, á los grandes y gloriosos colegas: Mendès, Paul Arène, Richepin, Armand Silvestre, Fouquier, y veinte más. Allá, al fin de los cinco meses apareció la Novela.

Pero la paciencia de este hombrecito que permanecía las noches enteras, de pie en el mismo lugar, callado y pensativo, había llegado al fin á interesar á los administradores. Un día, el que menos se esperaba, uno de aquellos señores le abrió la puerta de la redacción:

—Entrad. Ahí tenéis cabalmente á vuestro amigo: allí está.

Nuestro sujeto pasó adelante, y respiró á todo pulmón.

—Ahora que ya estoy aquí, (díjole muy quedo en el oído á Talmeyr), permitidme deciros mi pensamiento. Y es que, muchas y diferentes veces me he preguntado á mí mismo, por qué habiéndome hecho el servicio que bien sabéis, desde el instante en que mi Novela se dió á la prensa, me abandonásteis de modo súbito é inesperado.

—Error, querido amigo, error: yo os observaba. Os había traído á la lucha, y quería ver cómo os batiríais. Y como hasta ahora habéis mostrado tenacidad, en lo sucesivo mostrad talento.

Y razón tenía.

A partir de aquel instante, nuestro individuo tuvo suerte. Nueve romances de él publicó el periódico en ese año. En el tercer año, treinta. Para ser breves, diremos: que al comenzar el cuarto año, el principal director René d'Hubert lo llamó é hizo firmar un convenio de escribir cuatro cuentos por mes.

¡La riqueza! ¡Un capital!

Cuando dejó la pluma con que había firmado, levantó los ojos y vió al hombre del monóculo.

—Se ha firmado la paz, dijo Guérin.

Ahora, vámonos á comer juntos en el restaurant Wetzel.

—Para más tarde. En otra ocasión. Después veremos,—decía contentísimo nuestro individuo, al repetir las lamentables palabras que tantas veces lo habían mortificado.

Ocho días después, ya estaba casado.

Tales fueron, ni más ni menos, los estrenos del hombrecito de quien tratamos, que como se ve, son muy generales y comunes.

Después acá, ha escrito en otros periódicos; la gente comienza á conocer su



LA CALLE DE LOS LOBOS. — Cuadro de E. Grivaz

nombre; unos lo quieren, otros lo detestan; por fin, como se dice vulgarmente: « él llegó. » Pero á dónde? ¿Y á qué costo?

Señores que hacéis vuestros estrenos, que soñáis con una vida literaria ideal, con veladas de triunfo, aplausos, gritos, flores, champaña y cuanto Dios quiere, moderad cuanto podáis vuestras ilusiones, pues ya veréis aquí claramente expuestas, la labor y fatigas del hombre que « llega. » Y tenedlo sabido: tales son las de todos los que se dedican al cultivo de las letras.

Al dar las doce oigo que baja la escalera á pasos lentos. Besa á sus hijos, y va á sentarse á su mesa, con los ojos hinchados por el insomnio.

Almuerza poco, mal y disgustado; y si se le distrae ó llama para algo la aten-

ción, se pone de mal humor y regaña ágría y coléricamente. ¿Y cómo no ha de ser así, cuando ya su cabeza trabaja con fuerza, con estrecha obligación, que quiere, que nó?

A las dos de la tarde vuelve á subir las escaleras y sólo ha pronunciado una frase: no me hagáis bulla. Entonces, si el tiempo es bueno; vanse los niños á pasear á los jardines y las plazas; pero si no lo es, y no se puede salir á la calle, el primer paso es encerrarlos en el cuarto más distante de aquél en que él está escribiendo.

En ese intervalo, que no es corto, ¿qué hace nuestro hombrecito?

Escribe, y luego, borra lo que ha escrito.

Duro oficio, por cierto, el que ha elegido; oficio que divierte á la multitud no

se da cuenta las penas que procura y los sinsabores que acarrea. Oficio duro, sí, porque ya sobre esa mesa no se trata de componer frases, de idealizar en una palabra, sino de hacer cacería á los vocablos, los que, á medida que él cree haber alcanzado, se le escapan.

¡Qué recia lucha! En estos momentos veo á nuestro hombre que se pone pálido é inmediatamente después, colorado como una guinda; que fuma, como para distraerse, que va de ventana á ventana, que titubea ó tambalea, como si estuviera ebrio; finalmente, que se mesa los cabellos, y patea y rabia. Mas, de súbito, encuentra la palabra precisa, y entonces sientase, y suspirando, la fija en el papel.

Empero, eso sólo ha costado más de una hora, y de ese modo trabaja hasta la noche.

A las siete p. m. lo oigo que vuelve á bajar la escalera, con un paso más lento y marcado que el de la mañana. Pero esta vez no es el insomnio el que da esa apariencia de tristeza á sus ojos; nó: es la congestión. Si no está satisfecho de las treinta líneas que ha escrito, se pone huraño, injusto, digámoslo de una vez: se pone intratable. Creedme; porque aquel día no ha estado feliz ó pronto al redactar, ya lo supone todo perdido, y afirma que ya no sirve para nada; que la vejez lo anula, y que á poco, lo despedirán de la redacción de los periódicos en los que colabora hace más de quince años. Y aunque todas esas no son más que exageraciones del delirio, él se apoya de codos ante el cubierto que tiene por delante, en la mesa, y llora invisiblemente en su corazón.

Mas, si está contento de sus treinta ó cincuenta renglones, ¡qué diferencia tan grande! Entonces se hace cariñosísimo; besa con extremo á sus hijos; estrecha las manos de sus amigos como para parárselas, y va calle arriba calle abajo lanzando el humo de su cigarrillo,—ni más ni menos que como aquel Guérin que ya conocemos,—al rostro de todo ser humano.

Sin embargo; esas horas plácidas son tan raras, que puede contárseles en un año con los dedos de la mano, y sobrarían dedos.....

Esta historia fidedigna de nuestro hombrecito, dedícala á los jóvenes compañeros que llegan á París para sorprender el mundo; dan de bruces contra un Guérin; se indignan; y como han de encontrar diez, ciento, quinientos, se sublevarán, encolerizan y blasfeman. Por último; quieren romperlo todo, acabar con todo, y lo que hacen es estrellarse contra los obstáculos, siendo,—en resumen—lanzados lejos y fuera de una carrera que exige, no sólo talento, sino á la vez mucha, mucha paciencia é infinita modestia.

JORGE D'ESPARBÉS.

VARIETADES

LA VENTA DE CIERTOS LIBROS

Se ha dictado en Chicago orden de prisión contra veintinueve libreros que vendían libros,—según los términos empleados en la ley de Plinois,—«impuros», «incendiarios» y «corrompidos.»

Vendían principalmente dichos libros, una colección de novelas y romances de tres bemoles, como dicen, á cuya

influencia se atribuye haber sido la causa de la mayor parte de los crímenes, cometidos por los jóvenes en estos últimos años.

Más todavía: se asegura que puede muy bien seguirse las huellas y los progresos del estado del ánimo, creado por esta clase de perniciosas lecturas.

EL PESO DEL CEREBRO

El doctor Spitzka en una última comunicación dirigida á la Sociedad antropológica de Washington, sobre la capacidad cerebral de hombres célebres, ha presentado á este respecto los detalles más curiosos.

Sabido es que entre los sabios, los cerebros más pesados deberían ser los de los matemáticos y hombres de un espíritu grandemente observador.

En esta categoría, cita el doctor Spitzka, al grande orador y hombre político americano Daniel Webster, y al General unionista Ben Butler, el que sometió á Nueva Orleans en la guerra de Secesión.

El doctor Spitzka ha hecho sus comparaciones con noventa y siete (97) cerebros de hombres eminentes, inclusive el del ilustre geólogo John Wesley Powell, muerto últimamente. Su cerebro pesaba 1188 gramos, excediendo el término medio de los 97 sobre los cuales se hicieron las observaciones.

Por otra parte tenemos, que un docto austriaco,—el doctor Matieyka, de Praga,—después de haber consagrado gran parte de su vida á una obra sobre el peso del cerebro en sus relaciones con el estado psíquico, declara que el más pesado cerebro que él ha estudiado y conocido, fue el de un joven de sólo veintidos años. Pesaba aquel cerebro, 1820 gramos; y el mismo sabio cita un cerebro de mujer, que pesaba 1500 gramos.

En fin, el doctor Matieyka señala las cifras siguientes para el peso medio de los grandes cerebros:

Aldeanos y labriegos.....	1110 Grms.
Artesanos	1133 id
Soldados, militares, etc....	1135, 7 id
Obreros de fábrica.....	1119, 6 id
Comerciantes, hombres de negocios	1168, 5 id

Intelectuales, médicos, sabios, profesores, y los que han recibido instrucción superior 1500 gramos.

NUESTROS GRABADOS

Inspiración

CUADRO DE L. PERREAULT

La expresión de la fisonomía revela un alma absorta en ensueños, fácilmente abstraída por el rumor melódico que se desprende de las cosas circunstantes.

Ha ido á buscar inspiración bajo la umbra misteriosa, y oyendo la canción de las frondas, oprime una flor contra el pecho, sigue en el cielo los caprichos de su quimera, y suspira.

Es un rostro joven y suave, que hace gracioso la melancolía con que lo cubre el arte de Perreault.

La visión de Ezequiel

Por encargo de León X, Rafael sustituyó al Bramante en la dirección de las obras del Vaticano, y esta pintura fue una de las cincuenta y dos cuyos asuntos sacó de los pasajes de la Biblia y que dejó á sus discípulos para que las ejecutasen, pintando él mismo una de ellas, para que les sirviese de modelo.

Excavaciones en el cementerio púnico de Cartago

CUADRO DE E. PINCHART

Sobre el antiguo asiento de Cartago, que hoy no es sino una llanura desierta y calcinada, el P. Delâtre, de la Orden de P. Blancos, ha hecho practicar excavaciones importantes, para extraer lo que bajo la arena pueda haber enterrado, de toda la civilización púnica desaparecida. Desde hace un cuarto de siglo, el P. Delâtre, que es un ardiente é infatigable arqueólogo, persigue su objeto y prosigue sus fecundas investigaciones, desentrañando colinas, sondando llanuras, exponiendo un curioso espectáculo á los rayos del ardiente sol africano, bajo el cual resucitan, con sus tumbas, sus estatuas, sus monolitos, sus pórticos, los anales de la antigua grandeza cartaginesa.

El paso del vado

CUADRO DE A. GAUDEFROY

Los críticos que en Europa han juzgado al autor de este cuadro, lo comparan á cierta clase de cazadores, que cuando les ha acontecido una aventura interesante, la refieren á todo propósito; y para cada nuevo relato inventan un episodio, multiplican las peripecias, y acrecientan el peligro y aumentan el número de piezas batidas.

Es una manera de renovar: la historia es la misma, pero revestida de anécdotas llamantes.

En ese género de referencias, Gaudefroy es excelente. Tiene movimiento, es ingenioso en el detalle, y restablece á maravilla el estrépito de la cacería, la carrera jadeante de los perros y el pánico gracioso de las lavanderas atropelladas.

El primero!

CUADRO DE E. J. BOSLAUD

A la vista de estas escenas, solamente las madres podrán reconstruir la indestructible poesía de esa hora de la vida en que largos días de congojas fueron recompensados por un infinito inefable, con las sonrisas inocentes y las caricias bulliciosas del primer renuevo de la existencia.

A la orilla de la cuna vuelven á nacer todas las leyendas y todas las promesas y vuelve la vida á cantar la canción de su alegría, á la que por tantos días entumescieron la amargura y la tristeza.

Taller de bordados

CUADRO DE MLE. E. HERLAND

Los artistas franceses han emprendido siempre una constante y nutrida peregrinación á las costas y á los paisajes de la tradicional Bretaña. Parecería que ya no quedasen horizontes, playas, sitios, escenas que copiar de aquella tierra de la devoción y de la leyenda.

Sin embargo, todavía Mlle. Herland ha encontrado algo que acariciar con la suavidad de su pincel, y su escena es una tre-gua puesta en los aspectos interminables de esa Bretaña dura, hosca, áspera, que han cantado todos los artistas, revelándonos que en ese país de tristezas y de duelos, también hay fisonomías dulces, apacibles, casi bonitas, sobre las cuales no pesa la opresora melancolía de los cielos sañudos.

La calle de los lobos

CUADRO DE E. GRIVAZ

Los tonos frescos y transparentes de la acuarela son propios para evocar una época en la que, al creer á los pintores, todo era gracia y fantasía, en la que las mujeres se vestían con telas claras y leves, salían calzadas de satín y resguardaban su sonrisa bajo la sombra de empinados sombreros florecidos; y en la que los hombres no hacían otra cosa que flanear por las calles; pizpiretos y galantes, luciendo pantalón de seda con aire conquistador. En esos tiempos las conquistas eran fáciles y las modistillas que se aventuraban por ciertas calles, salían con la certidumbre de encontrar en ellas al lobo.

SUETOS EDITORIALES

DON FELIPE AROCHA GALLEGOS

Tras el largo proceso de una angustiosa é irremediable enfermedad, ha muerto en esta capital este distinguido ciudadano y hombre público, quien durante la actual Administración desempeñó en uno de los pasados Ministerios una de las Carteras del Despacho Ejecutivo y quien mereció, por sus condiciones de magistrado y de caballero las más sinceras muestras de aprecio, por parte de nuestros gremios sociales.

Una larga y buena amistad le unía al actual Presidente de la República, quien, hallándose ausente de la capital, se hizo representar en los funerales por el Primer Vice-Presidente acompañado de los Ministros del Poder Ejecutivo.

A la señora madre y deudos del extinto señor AROCHA GALLEGOS acompañamos en su justo duelo.

LIRA TRISTE

El poeta zuliano, Ubdón A. Pérez, el bardo cuyo nombre han traído las ondas del lago nativo más acá de las fronteras de su país, acaba de publicar un volumen de las poesías que escribió en horas infaustas de tristeza y cautiverio.

Son las cuitas, las congojas íntimas de la prisión, las confidencias amargas y punzantes de muchos días melancólicos y de muchas noches pávidas, en los que hasta la esperanza vestía duelo.

Agradecemos al poeta y colaborador el obsequio de su libro.

SEÑOR GUILLERMO LEBRUN

En la quincena anterior nos trajo el cable la triste nueva de haber fallecido en Nueva York este distinguido compatriota, quien se hallaba allí presidiendo á las reparaciones que se están practicando en una de nuestras naves de guerra y que ejercía el cargo de Inspector de la Armada Nacional.

A su apreciable familia presentamos el voto muy sincero de nuestro pesar.

DOCTOR RAFAEL MONSERRATTE

Joven, inteligente é ilustrado, con todas las excelentes prendas de su carácter y todos los ornatos de su cultura, hemos visto desaparecer de entre nosotros á este buen ciudadano y distinguido hombre público, que llegó á desempeñar en la República puéstos de nota, como miembro del Parlamento y Ministro de Estado.

Fue también un aplaudido periodista. Enviamos la expresión de nuestra condolencia á sus afligidos deudos.

SEÑOR RICARDO CARDONA

Este caballero, á cuyo cargo está en Venezuela la Agencia del afamado brandy español, *Domecq*, nos ha remitido un fino obsequio, consistente en muestras de los productos de la casa que representa y que gozan de una reputación y un crédito merecidos y cada día crecientes, en donde quiera que han sido dados á conocer.

También nos ha remitido el señor Cardona un precioso Album que contiene las vistas de las posesiones y establecimientos del señor *Domecq*, á cuya industria auguramos una satisfactoria acogida en nuestros mercados, dadas la actividad, prendas personales y propaganda constante y sostenida de su infatigable Agente, el señor Cardona, á quien damos nuestras más cumplidas gracias por su galantería.

PÉSAME

A fines de la quincena anterior se verificaron en esta ciudad las honras fúnebres al cadáver del señor FERNANDO FIGUEROA FIGUEROA.

Su muerte ha sido un nuevo dolor, sumado á los que de igual naturaleza ha padecido recientemente nuestro estimado amigo y colaborador el señor Carlos Benito Figueredo, á quien enviamos la expresión de nuestra sentida condolencia.

BAILES DEL CARNAVAL

En este año, como en los anteriores, en muchos de nuestros salones se ofrecerán para los días del carnaval, bailes de trajes, sin duda dignos de la brillantez tradicional que siempre los ha caracterizado en nuestra sociedad; y como en ellos seguramente nuestras damas y caballeros harán gala del exquisito gusto que ha presidido en festejos de esta naturaleza á la confección de las toilettes de las primeras y al arreglo de los trajes de los últimos, creemos oportuno publicar algunas indicaciones relativas al aspecto y modas de las más renombradas y brillantes épocas históricas de la indumentaria; de manera que puedan servir para guiarse en la elección de modelos.

Para actos como los que se preparan, uno de los trajes más apropiados, siempre que presida á su confección un discreto arte y una inteligente disposición, es el traje *egipcio antiguo*, consistente, para las mujeres, en una túnica ó falda suspendida hasta el seno, sostenida de los hombros por media de tirantes, cayendo suelta hasta el borde de las sandalias, que deben ser de junco pintado ó de cualquiera otra materia textil. Al rededor del borde superior, una cinta de tres á cuatro centímetros de ancho, con bordados simples en forma de triángulos ó de cuadriláteros. Sobre el pecho, un collar formado por tres hileras de medallas anchas que caigan sobre la

cintura y rematen en ella, por delante, en un broche de forma oval ó elíptica. Para la cabeza, toca de tela de lino, cubriendo la frente, á medio centímetro sobre las cejas y cayendo sobre la espalda en pliegues verticales iguales. Los colores para este traje deben ser vivos y simples.

II.—*Traje griego*.—Túnica talar, ó *peplo*, caída hasta el tobillo, más alta del pié izquierdo, cerrada al rededor del cuello, siete centímetros debajo de la garganta, orlada tanto en el borde superior como en el inferior y en torno de la boca-manga con una cinta de tres centímetros de ancho, bordada con dibujos en forma de sarmientos; ceñida á la cintura con una faja de lino, de cuatro centímetros de ancho, con dibujos á lo largo semejando eslabones ú hojas de acanto. Manga corta, redonda, ceñida al brazo, hasta la mitad. Por las parte anterior y posterior y por los costados, bordados verticales, semejando galones de hojas de laurel. Sobre esta túnica, *el manto*, que es un lienzo de forma cuadrangular ó rectangular, colocado de manera que cayendo en pliegues, pueda abrocharse sobre el hombro derecho, debajo de la clavícula, con un broche formado por dos botones ovales, grandes, de diferentes diámetros, superpuestos.

En lugar de este manto, puede usarse también un lienzo de lino, de tamaño y forma de pañuelo, con un descote triangular, colocado al rededor del cuello, de manera que caiga en pliegues por delante, sobre la cintura. Es una pieza suplementaria, que puede quitarse á voluntad.

Los colores para este traje deben ser claros ó blanco.

La sandalia va tejida hasta la mitad de la pantorrilla y ajustada en la parte superior del tejido con un anillo metálico, á manera de *liga*, de dos centímetros de ancho.

III.—*Siglos XV y XVI*.—Estilo llamado *plateresco*. Telas y brocados de gran lujo; corpiños de terciopelo; cuellos estilo Duquesa; descote delantero; collares de varias vueltas; medallones y botonadura exterior de oro; falda abullonada, que va exagerándose, y haciéndose más lujosa, á través del tiempo de Luis XIV y de las modas del siglo XVIII; zapatilla, de lazo ó hebilla, tacón alto y delgado. Mangas ajustadas y corridas hasta el puño.

Para los hombres, traje corto, acuchillado y abullonado, saliendo por la parte de la pechera una tela de color vivo que contraste con el oscuro del terciopelo de la ropilla. *Gregüescos* ó sean bullones que cubran desde los muslos hasta la cintura. Zapatos de punta ancha ó cuadrada, abullonados también; hebilla; birrete con pluma; gola rizada; capa corta con *esclavina*; espada al cinto. Era el traje de los caballeros de Francisco I y de Carlos V.

Peinado de las mujeres, alto ó bien, cofia.

IV.—*Traje Luis XIV*.—Los mismos bullones de los siglos XV y XVI; corpiños ajustados; á veces, en lugar de botones dorados, tejidos por delante con trenza dorada ó cadena de oro; manga abullonada, con pedrerías ó aljófar; melena rizada. *Coturno* ó zapatilla de tacón alto y estrecho, rojo ó azul, así como la zuela. Guarniciones y adornos de acero, talco ó imitaciones de pedrería.

Para los hombres, ropilla, pantalón bombacho con ruedo de encajes, capa, melena rizada, corbata, bocamangas y faldones con encajes; chambergo ó sombrero de alas anchas, con plumas rizadas; botas guerreras, de solapas caídas ó abiertas; espólin de oro; espada. Guarniciones de acero, talco é imitaciones de pedrería.

V.—*Traje siglo XVIII*.—En lugar de ropilla, casaca ó chupa; pantalón corto ceñido; media hasta la rodilla, ajustada con liga al exterior; melena rizada; sombrero de tres candiles; corbata de encaje, en lugar de golilla; valona ó cuello, de encaje también; florete en lugar de espada.

VI.—*Traje Revolución*.—Frac; peluca blanca ó empolvada, en lugar de melena; sombrero alto, de fieltro.

VII.—*Traje Imperio*.—Para las mujeres, bata llamada Directorio; talle alto; descotada; manga corta; zapatilla; peinadodelantero, alto, con diadema.

Para los hombres, casaca militar, de cuello levantado, forrado interior y exteriormente de grana; solapa recta, forrada de terciopelo sobre el pecho; pechera rizada; pantalón corto de ante; chaleco de color, botones de oro; media larga; zapato bajo de charol; sombrero elástico; espada.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

De la Garantía Inmobiliaria, tesis presentada por el señor Jesús Antonio Páez.

Almanaque de la Botica y Droguería Olivares, de Hermanos Olivares & Ca, para el año de 1901.

Facultad de Medicina de Caracas.—La Hiperleucocitosis Persistente y su valor diagnóstico en las supuraciones profundas.—Tesis para el Doctorado en Medicina presentada y sostenida por Simón Linares, Externo de los Hospitales Civiles del Distrito Federal. Interno del Hospital Vargas.

Damos las gracias á los señores remitentes.



El secreto de tres tesoros

Cuando la guerra entre Italia y Abisinia, hace siete años, un soldado italiano, natural de Bardello, fue gravemente herido en la batalla de Adua, y después de permanecer algún tiempo confundido con los muertos, logró escapar y ocultarse, si bien le fue imposible volver á incorporarse al ejército de sus compatriotas.

Sin otra compañía ni otro auxilio que su fusil, el infeliz estuvo vagando años enteros por las inmensas selvas abisinias, defendiéndose como podía de las fieras que en ellas abundan. Cuando se le acabaron las municiones, tuvo que reducirse á comer raíces silvestres. Sus ropas fueron cayéndose á pedazos, y á consecuencia de su prolongada soledad se quedó sordo y mudo. Por fin, una mujer indígena que lo encontró en el bosque, se apiadó de él y lo llevó á una ciudad de la costa, desde donde ya le fue fácil el regreso á Italia.

Cuando el pobre soldado llegó á su pueblo, estaba casi desconocido. Al poco tiempo recobró el habla, y entonces refirió su maravillosa historia, hablando con insistencia de los grandes depósitos de rubíes existentes en el centro de las selvas donde tan azarosa existencia había llevado. Para que

sus paisanos no dudasen de sus palabras, les enseñó dos ó tres rubíes enormes, que había cogido junto á un templo arruinado, diciendo además que entre las ruinas se podían encontrar, á más de las piedras preciosas, otros muchos y muy variados tesoros; pero antes de que pudiese dar más detalles, cayó con calenturas y murió sin hablar más del asunto.

Hace poco, la muerte arrebató á los poseedores de otro secreto no menos valioso. Mr. Theodore Dean, inventor norteamericano, había ideado un nuevo procedimiento para la fabricación de planchas de blindaje, por el cual una Compañía comercial le ofreció 30.000.000 de bolívares; hallábase en Inglaterra para demostrar los resultados de su invento, cuando falleció de una afección cardíaca.

El procedimiento de Mr. Dean era mucho más barato y más perfecto que el que hoy se viene usando, y estaba llamado á producir una revolución en la industria del acero; pero el inventor murió sin confiar el secreto más que á su esposa, y ésta falleció pocos días después, sin darlo tampoco á conocer.

En el castillo de Spandau, cerca de Berlín, hay encerrado un tesoro inmenso en oro. La torre llamada de Julius, en dicho castillo, es el almacén donde se guarda el fondo de guerra del imperio alemán.

Cuando Francia, en 1871, pagó á los prusianos vencedores lo que como indemnización exigieron éstos, nada menos que 180.000.000 de bolívares en oro, ingresaron en el depósito de la torre.

Hoy se sabe que hay practicada una entrada secreta á la torre de Julius, pero nadie la conoce. Fue hecha por varios ladrones, pero una riña que hubo entre ellos antes de que llegasen á utilizarla, redujo su número á dos. Uno de éstos asesinó luego á su compañero y huyó del país. El único hombre que todavía conocía este importante secreto, ha muerto hace pocos meses en Glasgow.

La lombriz de la nieve

Una especie de lombriz que vive en el monte de San Elías, en Alaska, ofrece la curiosísima particularidad de ser un enemigo declarado del calor y de la luz. Este animal singular, descubierta hace poco tiempo, lleva el nombre científico de *Melanenchytreus solifugus*. Tan pronto como se hace de noche, se le ve aparecer sobre la helada superficie de los glaciares, pero en cuanto brilla el primer resplandor del día se mete entre la nieve, siendo preciso cavar hasta medio metro de profundidad para encontrarlo.

Aunque esté nublado, la lombriz no sale jamás durante el día, y como sigue con regularidad cronométrica las estaciones, resulta que en el invierno, cuando las noches son más largas, pasa fuera de sus escondrijos mucho más tiempo que en el verano.

Lo que dura la digestión

Se admite generalmente que el paso del bolo alimenticio por el tubo digestivo se realiza en veinticuatro horas; pero en realidad la duración varía entre límites muy distantes, según acaba de averiguarse por un nuevo método de investigación.

Este procedimiento consiste en hacer tragar á una persona una cápsula gelatinosa conteniendo subnitrito de bismuto, sustancia cuya presencia puede ponerse de manifiesto con auxilio de los rayos Roentgen, siendo así cosa sencilla el seguir por medio de la radiografía paso á paso la marcha de este cuerpo extraño á lo largo de todo el tubo digestivo, averiguando en un momento dado su situación en los distintos segmentos gastrointestinales.

Merced á esta especie de exploración topográfica, se ha visto que un cuerpo extraño introducido en el tubo intestinal, al ca-

bo de cinco á ocho horas se encuentra en el ciego, en el origen del intestino grueso. Allí permanece estacionado hasta unas seis horas más tarde, y entonces empieza á remontar el colon ascendente, en lo que invierte dos ó tres horas. Diez y seis ó diez y nueve horas después de haber empezado su marcha se le encuentra recorriendo el colon transverso; después se detiene un poco y en seguida empieza á bajar lentamente por el colon descendente, quedando cinco ó seis horas después detenido hasta su expulsión, la cual se hace á veces esperar veinte y cuatro horas más.

Como se ve, el paso por todo el canal digestivo dura, efectivamente, unas veinticuatro horas; pero este tiempo no puede considerarse más que como término medio, pues en muchas personas no pasa de diez y seis horas, y en otras se prolonga hasta treinta.

La tierra que elaboran las hormigas

A las lombrices de tierra, según demostró Darwin en su última obra, se debe la formación de la tierra vegetal. Aunque no lo hicieran con la rapidez que el insigne naturalista quiso demostrar, es indudable que estos anélidos contribuyen poderosamente á preparar la superficie de nuestro planeta para facilitar el crecimiento de las plantas; pero no son sólo ellos; ejércitos innumerables de escarabajos y otros insectos toman parte en el mismo trabajo, convirtiendo muchas sustancias vegetales en las primeras materias para la formación del suelo laborable. La misma madera de los árboles, carcomida por los insectos cuando los troncos son derribados, proporciona al terreno sustancias que lo preparan convenientemente para el cultivo.

El insecto cuyo trabajo tiene más analogía con el de la lombriz, es la hormiga, sobre todo la especie llamada *Tetramorium cespitum* y otra del género *Lasius*. La primera es una hormiga muy pendenciera; los combates entre unos hormigueros y otros son tan frecuentes y fatales como las guerras de los hombres. Tanto ella como otras especies forman tierra vegetal y además mantienen la superficie abierta, facilitando su contacto con el aire y la absorción de la humedad. Algunos hormigueros de esta especie han sido observados durante los primeros meses del año, cuando las hormigas obreras se ocupan en agrandar su vivienda para que no falte sitio al verificarse el futuro crecimiento de la comunidad. Se recogió cuidadosamente la tierra que los insectos iban sacando de fuera, y después de pesada y medida se hizo el cálculo de la cantidad correspondiente á un hormiguero de medianas proporciones y extraída en cierto tiempo; este cálculo se aplicó después á cierto número de hormigueros, y así se llegó á la conclusión de que la cantidad de trabajo hecho por las hormigas no difiere apenas de la que, según Darwin, llevan á cabo las lombrices de tierra.

Este trabajo podrá parecer insignificante, y sin duda lo es ahora que el cultivo del terreno impide á las hormigas realizar libremente sus operaciones; pero cuando se consideran los millones de insectos que trabajan sin cesar, y el inmenso período de tiempo en que han podido hacerlo sin obstáculos, no puede uno menos de admirar los resultados de la obra de estas diminutas criaturas.

POSTALES Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

Los leucocitos y la medicina

COMO LA DISTRIBUYEN POR EL CUERPO

Pocos servidores tiene el organismo tan fieles y laboriosos como los leucocitos ó glóbulos blancos de la sangre. Ellos son los que absorben los cuerpos extraños, los que destruyen las células muertas ó degeneradas, los que recogen las sustancias alimenticias para transportarlas á los tejidos; pero además de todo esto, contribuyen también á la asimilación y repartición de los medicamentos en el interior del cuerpo, lo cual puede demostrarse por una porción de experimentos.

Si la sangre de un conejo al cual se haya inyectado estricnina ó atropina se divide en tres partes, separando de un lado los leucocitos, de otro los glóbulos rojos y de otro el plasma, y se inyecta á tres animales una cantidad igual de cada uno de estos elementos, se observará que el único animal intoxicado es el que recibe los leucocitos. Esto es demostración palpable de que los leucocitos han absorbido casi todo el alcaloide, mientras los otros elementos no contienen más que una exigua cantidad del mismo.

Haciendo el análisis químico de cada elemento de la sangre, se llega al mismo resultado. Si la inyección fue de arsenito de potasio, se ve que el arsénico existe en los leucocitos, pero no en el plasma ni en los glóbulos rojos.

La experiencia puede repetirse cuantas veces se desee, reemplazando el arsénico por salicilato de sosa, hierro, mercurio, plata ó iodo. El resultado será el mismo siempre. Los leucocitos se encargan de absorber estas sustancias, que los otros elementos de la sangre recogen sólo en cantidad insignificante. Esto explica la desaparición de ciertas sustancias no solubles, como el trisulfuro de arsénico y el calomelanos; transportadas por los leucocitos á los órganos excretores, ó transformadas mediante los mismos glóbulos blancos en otras combinaciones, son siempre eliminadas.

Además de absorber las sustancias medicinales ó las tóxicas, de hacerlas solubles y de contribuir á su asimilación, los leucocitos las llevan á través de todo el organismo, y en esto consiste su mayor utilidad, que es tanto más importante cuanto que el punto á donde las llevan varía según las circunstancias. En un animal sano, los leucocitos llevan el mercurio, por ejemplo, al hígado y á la médula de los huesos, en tanto que en un animal enfermo lo llevan á los puntos irritados, es decir, á donde precisamente es necesario que los lleven.

Se ha notado que el transporte de cada medicamento se hace con más regularidad á unos órganos que á otros; es decir, que según sea la sustancia que lleven consigo, los leucocitos se dirigen preferentemente á este ó aquel órgano. Si la sustancia es hierro, se dirigirán al hígado; si arsénico ó iodo, al cuerpo tiroides, y así sucesivamente. Hasta ahora esta localización no ha sido observada más que en ciertas sustancias; pero el día en que se conozca la de todas las empleadas en medicina, no hay que decir cuál será la importancia de este estudio.



AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX

Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO



Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

Están á la venta al precio de
4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (minimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Astucia de zorra

Sabido es que en muchos fabulistas se han inspirado frecuentemente en la astucia de la zorra; que sus narraciones no tienen nada de hiperbólico, lo demuestra el siguiente hecho referido por un periódico científico inglés.

Una zorra que estaba enjaulada y veía con envidia á varias gallinas picoteando por los alrededores de su prisión, determinó disminuir en provecho suyo el número de las aves. Al efecto, puso junto á las rejas algunos restos de su comida y se echó como para dormir. Pocos momentos después, una gallina, habiendo olido el cebo, metió confiadamente la cabeza por entre los hierros para cogerlo, pero inmediatamente se sintió agarrada por el cuello.

La zorra, levantándose de pronto, la había cogido entre sus fauces, y dos dentelladas la bastaron para matarla.

El carácter en los dientes

Los dientes mejores son los que están colocados con regularidad y son de mediano tamaño y de color blanco-crema. Cuando son de un blanco azulado, denotan poca inteligencia y escaso poder mental, y los que son oscuros indican que su propietario no goza de perfecta salud.

Cuando una persona tiene los dientes separados entre sí por espacios bastante anchos, no hay que confiar en ella. Si es un hombre, indudablemente será de carácter cruel; si es mujer, tendrá mal genio y no hará lo más mínimo por disimularlo.

Los dientes muy grandes, sobre todo si además son salientes, indican el predominio de la animalidad. Las mujeres que tienen los dientes así, siempre están contentas y no dejan de reír, cual si quisieran hacer ver que gozan con la vida. Encontrar dientes de esta clase es indicio de que se ha dado con una persona de buen humor, y hay que convenir en que tales dentaduras, si están bien cuidadas, sientan admirablemente en una cara alegre.

Si los dientes, sea cualquiera su forma y tamaño, se encuentran sobre una mandíbula estrecha, es señal de que el individuo tiene gustos refinados y simpatías naturales.

Por regla general, los dientes salientes denotan generosidad. Las personas que los poseen son las mejores del mundo, y en cualquier trance se puede acudir á ellas con la seguri-

dad de que su corazón se interesará en las dichas ajenas; si son mujeres, casi siempre serán humildes, modestas y libres de la afectación y el disimulo, tan corriente en el bello sexo (dicho sea con perdón del mismo.)

Como se ve, hay motivo más que suficiente para que las condiciones personales se estudien en los dientes, y el enseñarlos ha de ser antes de mucho cosa indispensable para el trato social, á menos que uno se reconozca con defectos dignos de ser ocultados.

El Faro de la Vida.

La superioridad de la Emulsión de Scott es indiscutible y se manifiesta instantáneamente ante el observador imparcial en los puntos siguientes: Primero, su sabor dulce y agradable; segundo, sus energías "propiedades" en los casos de caquexia, tuberculosis, anemia, los infartos glandulares, las afecciones óseas de carácter estrumoso, las afecciones del aparato respiratorio, el raquitismo, etc. También en las convalecencias de enfermedades largas y debilitantes es un buen medicamento.

Además de sus propiedades curativas, la

Emulsión de Scott,

debido á la bondad de los elementos que reúne, tiene el "mérito" de que el aceite de hígado de bacalao, uno de sus principales componentes, está tan bien combinado y disfrazado su sabor que los niños á quienes se prescribe lo toman sin repugnancia.

Las imitaciones de la Emulsión de Scott sirven para causar daños considerables á la salud, por tanto exigir la legítima de Scott, verdadero "faro de la vida."

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en las Droguerías y Farmacias.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

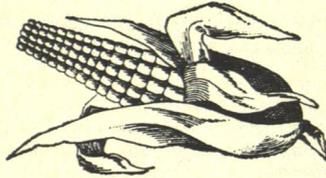
Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y afoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, Nº 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Conde Hermanos.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIELEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Higado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Reumatismos**, **Fiebres Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Disenteria**, la **Grippe** o **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombrices** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flamas**.

Rehúese todo autifarmático que no lleve la Firma **PAUL GAGE**

Depósito General, D^o Paul **GAGE** Hijo, F^o de 1^o el, 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXHIBASE DEL D^R GUILLIE • TONICO •

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al **Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado**

El remedio para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más eficaz las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

ERGOTINA y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTATICO el mas PODEROSO **SOLUCION TITULADA** Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^o, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Plantas que florecen dos veces

La destrucción de las hojas en ciertas plantas parece dar lugar, verificada en determinadas condiciones, á una segunda floración. Un observador, M. Apert, dice haber visto á fines del mes de octubre de 1900 en Tarrides (Francia), un maciso de lilas blancas en flor, exactamente con el mismo aspecto que pudieran ofrecer en primavera. Investigando la causa del fenómeno, averiguó que aquellos arbustos habían perdido meses antes todas sus hojas, devoradas por un hambre de cantáridas. En 1903 estos insectos han vuelto en el mes de julio y han atacado parcialmente á las mismas lilas, que de nuevo han florecido en parte durante el otoño. Así como á la destrucción completa

de las hojas sucedió una floración total, á la destrucción parcial ha seguido la producción de algunos ramos de lilas solamente. Este hecho, del que podrían deducirse consecuencias de evidente importancia para la jardinería, no es difícil de comprobar, y sería interesante hacerlo durante el verano próximo. Para ello no habría más que arrancar en Julio ó Agosto las hojas de algunos árboles de los que en estos meses tienen ya algunas yemas productoras de flores, como son el manzano, la lila, el cerezo, etc.

El silbido y la digestión

Cuando á uno le parece que experimenta los primeros síntomas de la indigestión ó de la dispepsia, hay un medio muy sencillo para

evitar que el mal siga adelante: silbar. Poco importa que lo que se silbe sea una música de moda ó una tonadilla anticuada; lo que importa es silbar, y no con un silbido tenue y aflautado, sino con toda la fuerza de los pulmones, de manera que se oiga desde el último rincón de la casa. Si alguien escucha, no hay que callar por eso; silbando mucho se llega á ejecutar piezas con bastante maestría, y entonces se anima y divierte á los demás mientras se está curando uno mismo. Hay algo en el silbido que influye sobre el aparato digestivo mejor que todas las píldoras y pastillas conocidas. Si es posible, se debe silbar al aire libre, sea en el campo ó en casa con la ventana abierta, procu-

BRANDY DOMECQ

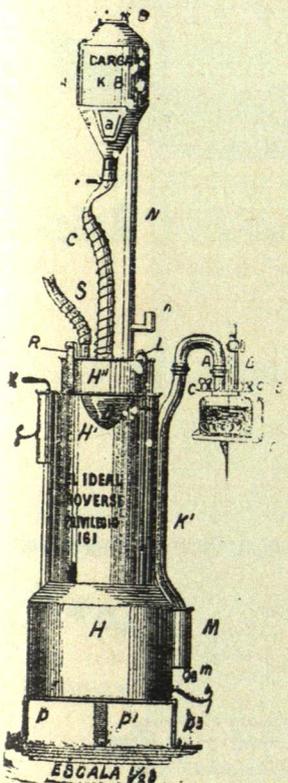
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de 7 a 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL a cañada de carburo en el agua—Privilegio N. 161.



Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela, Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Fondería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Sabidvia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados
Carga de k 1 a k 50 — Valor: de 8 10 a 8 250

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopear el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grande-butelière, Paris

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fca **G. SEGUIN, PARIS**
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

rando emitir los silbidos con más fuerza cada vez. A poco de seguir esta práctica se nota que el estómago marcha mejor, la sangre circula con más regularidad y el cerebro se encuentra más fuerte y despejado; parece que todo el individuo es veinte años más joven que antes.

El silbar es el mejor tónico del mundo. Después de todo, es mucho más agradable quitarse de encima los males silbando alguna cosa alegre, que no gastándose el dinero en medicinas, no todas eficaces ni todas convenientes.

Cementerios de elefantes

Los mercaderes árabes que desde el interior de Africa llegan á la costa con cargamentos de marfil, maderas preciosas y plumas de avestruz, hablan con mucha frecuencia de cementerios de elefantes, ó sean sitios que estos colosales cuadrúpedos eligen

para morir. Hasta ahora, se creía que tales relatos no eran sino cuentos ideados por la viva imaginación oriental; pero hoy está probado que la tenida por fábula es realidad.

La confirmación de las narraciones de los árabes se debe á un oficial inglés, el comandante Powell Cotton, que ha pasado cuarenta meses en el Uganda y el Alto Nilo, y ha visto con sus propios ojos un cementerio de elefantes.

Encuétrase éste situado al pie de una sierra, no lejos de unos manantiales. Los elefantes van allí cuando sienten llegar sus últimos momentos. Todo el terreno está cubierto de enormes esqueletos blanqueados por el aire y el sol, y los indígenas acuden allí con regularidad para recoger el marfil.

Según asegura el oficial, es difícil imaginarse lo imponente del espectáculo sin haberlo visto.

Resultado brillante.—Doctor Santiago Gil, médico cirujano de la Ilustre Universidad Central de Caracas, Venezuela.

Certifica: Que he usado desde hace años, con resultados brillantes y favorables, la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao, preparada por los señores Scott y Bowne, en las enfermedades escrófulosas, bronquitis, tisis pulmonar en sus varios períodos, raquitismo, etc., etc., y en todas aquellas afecciones en que predomina el linfatismo.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICHS el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PATE EPILATOIRE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

JARABE AUBERGIER

TOS

CATARROS BRONQUITIS INFLUENZA INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

Libros de Registro para 1904

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Trabajo 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

LAIT ANTÉPÉLÉRIQUE

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso.

CANDES (G.) 8 St-Denis

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias Jaqueca Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS

En todas las Farmacias. 607

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1904

Está á la venta



EXIJAN Vds. que cada PÍLDORA BLANCA sea impresa en DEHAUT A PARIS

Las **PÍLDORAS** purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman al comer.

El mejor régimen. No más dieta. Las menos COSTOSAS puesto que son las más activas.

Avance científico

Los diarios japoneses nos hacen saber, que se ha descubierto el serum contra el asma, y ser los autores de tan importante descubrimiento los doctores Okuyama, Endo y el profesor Kitasato.

Ya varios especialistas y sabios alemanes,

habían hecho conocer el bacilo del asma, y declaraban y demostraban la posibilidad de encontrar un sérum capaz de efectuar la curación de dicha enfermedad, tan general como mortificante.

Pero, como quiera que sea, toca á los bacteriólogos japoneses el honor de haber indicado la solución del problema, en el caso, muy probable, de la especialidad del medicamento.

Cómo son las lágrimas

Las lágrimas que vierte una persona de raza blanca están compuestas de agua en gran cantidad, fosfato de sosa, cloruro de sodio y una pequeñísima cantidad de mucus.

En los negros, los elementos de las lágrimas son casi los mismos; solamente falta el fosfato de sosa, y en cambio hay una escasa proporción de amoníaco.

Los esquimales lloran muy raras veces; cuando lo hacen, sus lágrimas contienen mucho cloruro de sodio; gente endurecida por las especiales condiciones de su país, no es en ellos frecuente el llanto, pero en cam-

bio lo vierten más amargo que los hombres de otras razas.

Más curioso que la composición química de las lágrimas, es su aspecto al microscopio. Los elementos de la lágrima del blanco están dispuestos de manera que figuran las espigas de un pez; en la lágrima del africano forman una especie de cruz, y en la del esquimal ofrecen la forma de un arco.

La luna de Pascua como barómetro

Una luna clara indica helada; si aparece turbia ó como sucia, presagia lluvia.

Un halo alrededor de la luna es signo de tormenta; un doble halo, indica tiempo muy borrascoso.

Si un cambio de luna coincide con viento del Este, es señal de que va á hacer mal tiempo.

Si á los tres días de un cambio de luna aparece ésta clara y brillante; seguramente hará un tiempo hermoso.

Cuando se ve la luna de día, hay que esperar tiempo frío.

Cuando las puntas de la luna en crecimiento se ven con mucha claridad, es que va á helar.

Varia

Una de las costumbres más curiosas del Japón es la de vestirse de niño el día de

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

su cumpleaños todo aquel que llega á los sesenta y cuatro. El marqués Ito, que recientemente ha celebrado la sexagésima cuarta fiesta de su nacimiento, pasó aquel día ataviado como sesenta años atrás.

Un roble de 18 metros de altura, cuando está con toda la hoja, se calcula que tiene unos 6.000.000 de hojas.